INFORME DE INVESTIGACIÓN



ENTRE LOS INCENDIOS Y LA SEQUÍA

LA CHIQUITANÍA DE LOS CUIDADOS

OXFAM

INFORME DE INVESTIGACIÓN

ENTRE LOS INCENDIOS Y LA SEQUÍA

LA CHIQUITANÍA DE LOS CUIDADOS

ENTRE LOS INCENDIOS Y LA SEQUÍA: LA CHIQUITANÍA DE LOS CUIDADOS

Autores: Flavia Marco Navarro, Mario Cuellar y Nataly Chuve Oreyai
Cuidado de edición: José Luis Exeni Rodríguez

Centro de Investigación y Promoción del Campesinado – CIPCA Santa Cruz
Av. 26 de febrero No. 652 (segundo anillo), entre Av. Roca Coronado y Pirai
Teléfono: (591-3) 3521884, Fax: (591-3) 3532338
Contacto: santacruz@cipca.org.bo
Página web: www.cipca.org.bo

Oxfam en Bolivia
Calle Gabriel René Moreno 1367, edificio Taipi, piso 4, zona San Miguel, La Paz
Teléfonos: (+591-2) 2113212 - 2770592 – 2771775
Página web: https://www.bolivia.oxfam.org/

Crédito de fotografía:
Carlos Mauricio Fiengo Pericón
Diseño e impresión: Imprenta Weinberg
La Paz, Bolivia, 2026

© Centro de Investigación y Promoción del Campesinado / CIPCA
© Oxfam en Bolivia

Este documento de difusión se basa en el informe Impactos de la sequía y los incendios sobre el trabajo de cuidados en la Chiquitanía (Bolivia), elaborado por Flavia Marco Navarro, Mario Cuellar y Nataly Chuve Oreyai.

El equipo de investigación agradece a las mujeres chiquitanas de Candelaria, Río Blanco y San Juancito, que generosamente compartieron sus conocimientos y experiencias. Asimismo, agradece los aportes de las personas entrevistadas y la colaboración de Martín Chuve Chore por su asesoría en la lengua bésiro.

Los contenidos analíticos y conceptuales sobre la crisis climática y la visión feminista del cuidado fueron desarrollados sobre la base de autoras, autores y reportes especializados citados en el informe original. Las fuentes y referencias bibliográficas se incluyen al final de esta publicación.

Las publicaciones de Oxfam se elaboran para compartir conocimientos, promover el debate público y contribuir a la construcción de alternativas frente a las desigualdades y las crisis socioambientales.

CONTENIDO

Presentación
7

Introducción
9

La crisis ambiental y los cuidados
11

Hablemos de los impactos
18

Vivir en Candelaria, Río Blanco y San Juancito
27

¿Que significa cuidar en la Chiquitanía?
33

Roles de género y distribución del cuidado
41

Impactos de los incendios en los cuidados
46

Impactos de la sequía en los cuidados
52

Impactos en los medios de vida
55

Hallazgos principales y algunas conclusiones:
cuidar más allá del fuego y la sequía
62

PRESENTACIÓN

Sabemos que la crisis ecológica y el cambio climático están degradando los ecosistemas, provocan pérdidas irreversibles de biodiversidad, dañan territorios y medios de vida, afectan directamente a las personas. Así, refuerzan las desigualdades, pues impactan con mayor fuerza en las poblaciones y territorios más pobres y vulnerables, de bajos ingresos, indigenas, de zonas rurales, mujeres en especial.

Hemos aprendido también que el cuidado de las personas y de la naturaleza es esencial para la sostenibilidad de la vida. El cuidado es un derecho y es un deber. Todas y todos necesitamos ser cuidados y podemos Ser Cuidadores. Pero el trabajo de cuidados, que debiera ser asumido en sociedad, está en crisis, mal distribuido, sin corresponsabilidad social y pública. El cuidado recae principalmente en las familias y, dentro de ellas, en las mujeres.

¿Qué pasa cuando convergen la crisis climática y la crisis del cuidado? ¿Cuáles son los efectos en el trabajo de cuidados provocados por fenómenos climáticos? En otras palabras: ¿Qué implica cuidar en comunidades y territorios asolados por incendios, contaminación, sequia, degradación de suelos, extinción de especies, sobreexplotación de recursos naturales, pérdida de medios de vida? ¿Cómo se lo hace? ¿Con qué costos personales y colectivos?

De esa relación compleja y difícil se ocupa esta publicación sobre la base de un amplio estudio realizado por un equipo en tres comunidades indigenas del departamento de Santa Cruz, Bolivia. Se trata de un aporte pionero que explora los impactos de la sequía y de los incendios sobre el trabajo de cuidados en la Chiquitania. Se lo hace desde el terreno, en diálogo con los saberes, la memoria, las vivencias y las percepciones de mujeres y de otros actores relevantes.

Desde Oxfam en Bolivia tenemos el gusto de compartir este documento como una contribución a la reflexión y el análisis sobre cuestiones sustantivas como la crisis climática, la desigualdad, el trabajo de cuidados y la Justicia de género. Tenemos la seguridad de que la experiencia y voces de las mujeres chiquitanas que len sus familias, comunidades y territorios) cuidan cada día la sostenibilidad de la vida, será valiosa para seguir alentando la conversación pública.

La Paz, Junio de 2026.

Marcelo Arandia Alarcón
Director CIPCA Santa Cruz

Lourdes Montero
Directora País de Oxfam en Bolivia

INTRODUCCIÓN

¿Qué significa cuidar en comunidades indígenas? ¿Cómo se lo hace? ¿De qué manera se altera este trabajo en las familias, en el territorio, ante fenómenos climáticos severos como los incendios y la falta de agua? ¿Cuál es la experiencia al respecto, y los impactos, en comunidades de la Chiquitanía boliviana? Estas y otras cuestiones son abordadas en este documento.

La constatación principal es que, en los territorios indígenas de la Chiquitanía en Bolivia, la crisis climática no solo se expresa en la expansión de incendios forestales, sequías prolongadas y deterioro de los ecosistemas, sino también en una transformación silenciosa pero profunda de la convivencia cotidiana, los medios de vida y las relaciones en la comunidad. Un efecto de ello es el aumento y la reconfiguración del trabajo de cuidados.

La experiencia es inquietante: a medida que el acceso al agua se vuelve más incierto, la producción de alimentos se debilita, los suelos se degradan, las condiciones de salud se malogran, los medios de vida se pierden, los ingresos familiares disminuyen y las labores se multiplican, las tareas necesarias para cuidar y sostener la vida se intensifican y recaen de manera desproporcionada en las mujeres.

Esta dinámica revela una dimensión frecuentemente invisibilizada de la crisis climática: su impacto sobre la organización social del cuidado y, con ello, en la reproducción de desigualdades de género en contextos de alta vulnerabilidad socioambiental. Da cuenta también de una crisis de cuidados, pues hay una persistente brecha entre las necesidades de las personas de recibir cuidados y las capacidades del Estado y de la sociedad para proveer ese cuidado, que es un derecho.

Todos estos temas se exponen en el estudio "Impactos de la sequía y los incendios sobre el trabajo de cuidados en la Chiquitanía (Bolivia)", elaborado por un meritorio equipo de investigación en tres comunidades. El informe resultante muestra un panorama crítico con diferentes efectos e implicaciones.

La Chiquitanía, ubicada en el departamento de Santa Cruz, constituye uno de los territorios con mayor riqueza ecológica y cultural de Bolivia. Su bosque seco tropical, reconocido por su singular biodiversidad y su rol como corredor biológico entre la Amazonía y el Gran Chaco, se ha visto profundamente amenazado en los últimos años por una combinación de sequías prolongadas e incendios forestales de gran magnitud.

Estos fenómenos no pueden entenderse como hechos aislados, sino como resultado de un contexto de crisis climática y de un modelo territorial basado en la expansión de la frontera agrícola, monocultivos y desmontes, presión sobre territorios indígenas y debilidades estructurales en la gestión ambiental. Las consecuencias sociales y culturales son terribles, en particular en el trabajo de cuidados realizado por las mujeres.

Anteriores estudios e informes de Oxfam se han ocupado de esta cuestión. En Tiempo para cuidar, elaborado en 2019 como informe de investigación en Bolivia, se realiza un valioso recorrido, con datos e imaginarios, en torno a la necesidad de cuidado y la disponibilidad de cuidar, la desigual distribución del tiempo para cuidar, las percepciones y creencias en torno al cuidado, y las políticas para la corresponsabilidad del cuidado.

En el documento Los cuidados en Latinoamérica y El Caribe, publicado por Oxfam Internacional en 2022, se sostiene que el impacto de la crisis climática es cada vez más preocupante en la región, en particular en el sector agrícola y forestal. Esto genera una situación de vulnerabilidad múltiple, con cargas cada vez más grandes para las mujeres rurales, campesinas, indígenas y afrodescendientes. Hay una crisis de los cuidados y las mujeres asumen este trabajo y la defensa de los cuerpos y los territorios.

A su vez, el informe A fuego y mercurio. Crisis ecológica y desigualdades en Bolivia, publicado por Oxfam en 2024, muestra los impactos diferenciales de la crisis ecológica en las comunidades indígenas del Oriente boliviano. Desde las voces de mujeres tacanas, esse eja y chiquitanas, se explora cómo las prácticas extractivas, la deforestación y los cambios climáticos afectan desproporcionadamente a las comunidades.

Por último, el estudio Pérdidas & daños y la agenda de cuidados en América Latina, impulsado por Oxfam y la Embajada de Suecia en 2025, analiza la relevancia de los cuidados en su intersección con pérdidas y daños irreversibles por cambio climático, que destruyen la sostenibilidad de la vida en la región. El texto expone los casos de Cedeño, La Guajira y la Amazonía boliviana.

En ese marco y con tales antecedentes, el presente estudio, de carácter exploratorio, aborda el impacto de los incendios y de la sequía sobre el trabajo de cuidados en la Chiquitanía boliviana. Lo hace desde el territorio, considerando un período de tiempo especialmente difícil para las comunidades: 2019 a 2024, marcado por incendios forestales, sequía y otros impactos de la crisis climática, además de los efectos de la pandemia por COVID 19. Es un trabajo precursor en la materia.¿Cómo se hizo la investigación? El equipo seleccionó tres comunidades chiquitanas en el departamento de Santa Cruz: Candelaria y Río Blanco,

del municipio de Concepción; y San Juancito, del municipio de San Ignacio de Velasco. El propósito era identificar, describir y analizar cómo los incendios y la escasez de agua influyen en los medios de vida y, en especial, en los cuidados. Para lograrlo, luego del análisis contextual del territorio, se hicieron dos estadías en las comunidades, que permitieron una valiosa observación participante, así como la realización de entrevistas en profundidad y grupos focales con mujeres (cuyas voces están expresadas en el texto) y otros actores relevantes. La reflexión se nutrió también de otras investigaciones y de los principales debates sobre la crisis climática, los cuidados y la relación entre ambos.

A continuación, se presentan de manera sintética los principales hallazgos del estudio, construido desde los saberes y prácticas en las tres comunidades seleccionadas. ¿Cómo convergen la crisis climática y la crisis de cuidados? ¿Cómo se vive en Candelaria, Río Blanco y San Juancito? ¿Qué significa cuidar en la Chiquitanía? ¿Con qué roles de género y distribución del cuidado? ¿Y cuáles son los impactos del fuego y la sequía en los cuidados y en los medios de vida? En fin: ¿cómo sigue la vida entre las cenizas y la sequedad?Son preguntas fuertes para un largo caminar en las comunidades chiquitanas, que exploramos y compartimos en los acápites que siguen.

LA CRISIS AMBIENTAL Y LOS CUIDADOS

La relación compleja entre la crisis ambiental y los cuidados ha sido abordada desde diferentes experiencias y una valiosa reflexión analítica y conceptual. Varios estudios sobre la crisis ecológica y el cambio climático, por un lado, y acerca de la teoría feminista de los cuidados (con énfasis en el ecofeminismo), por otro, brindan una lectura combinada de estos dos ámbitos, que están en el centro del presente estudio. Veamos ambos y su articulación.

CAMBIO CLIMÁTICO, INCENDIOS, SEQUÍA

¿Qué son y cómo se entienden fenómenos como el cambio climático, los desastres naturales, los incendios forestales y la sequía? El estudio de estos fenómenos ambientales y sus impactos sociales requiere una adecuada conceptualización de los términos que los definen y diferencian. Y es que no sólo describen procesos físicos o climáticos, sino también revelan las dinámicas sociales, económicas y culturales que determinan la manera en que las comunidades enfrentan y experimentan sus efectos.

CAMBIO CLIMÁTICO

Hablamos de cambio climático cuando se produce una "alteración del clima atribuida, directa o indirectamente, a la actividad humana, que altera la composición de la atmósfera y que se suma a la variabilidad natural del clima" . Es decir, el cambio climático distingue y combina la variabilidad climática natural y las alteraciones generadas por acciones humanas (en especial aquellas asociadas al consumo de combustibles fósiles, la deforestación y la degradación ambiental). Esto tiene implicaciones.

Según los expertos, estas alteraciones se reflejan en modificaciones de largo plazo en la temperatura, las lluvias y otros patrones climáticos, con efectos directos sobre la biodiversidad y las poblaciones humanas más vulnerables. Asimismo, como advierte el PNUD, el cambio climático intensifica fenómenos extremos, como sequías, incendios, inundaciones y olas de calor, que amenazan la seguridad alimentaria, la salud pública y el desarrollo humano sostenible.

DESASTRE NATURAL

¿Cuándo decimos que se ha producido un desastre natural? Cuando hay un fenómeno natural (por ejemplo, un huracán o un terremoto) que provoca y amplifica efectos nocivos en las comunidades, en especial en contextos de vulnerabilidad. También puede tratarse de eventos amenazantes que, en interacción con condiciones de fragilidad, generan pérdidas e impactos humanos, materiales, económicos y ambientales, incluso interrumpiendo temporalmente la vida cotidiana de una comunidad o sociedad. Así, además del componente natural o físico de los desastres, existen condiciones sociales e institucionales que determinan el grado de exposición y de respuesta.

En consecuencia, los desastres deben comprenderse como procesos complejos en los que la degradación ambiental, la desigualdad y la falta de preparación institucional juegan un papel fundamental en la magnitud de los daños y pérdidas.

INCENDIOS FORESTALES

Los incendios se producen por la quema descontrolada de la vegetación del territorio a partir de un fuego originado por causas naturales o humanas. Dependiendo de su magnitud, puede transformarse en un desastre socioambiental, pues en su propagación, además de arrasar con el bosque, la selva y pastizales, puede destruir ganado, viviendas e incluso vidas humanas . Así, los incendios forestales no solo deterioran los ecosistemas y la biodiversidad, sino también generan impactos directos en la salud, la seguridad y los medios de vida de las poblaciones que dependen de los recursos del bosque.

Distintos estudios muestran que la gran mayoría de incendios forestales son consecuencia de actividades humanas, mientras que solo un porcentaje reducido responde a causas naturales (como descargas eléctricas o erupciones volcánicas). Estos incendios contribuyen al cambio climático, intensificando el calentamiento global.

SEQUÍA

Hablamos de sequía cuando se produce una "defïciencia de precipitaciones (lluvias) durante un período de tiempo relativamente prolongado". Se trata de "una situación anómala en la que se produce una falta notable en la disponibilidad de agua. En consecuencia, tiene un impacto negativo en los cultivos, los ecosistemas y la sociedad".

Más allá de su carácter climático, algunos autores subrayan que las sequías también son procesos asociados a la gestión humana del agua y a la vulnerabilidad de las sociedades. Por su complejidad, si bien el déficit de lluvias es central, resulta necesario considerar factores como el suelo, la vegetación y el contexto social para clasificar los distintos tipos de sequía: meteorológica, agrícola, hidrológica y socioeconómica.

VULNERABILIDAD Y ADAPTACIÓN

Los impactos del cambio climático, los desastres, los incendios y la sequía afectan con mayor fuerza en territorios y colectividades en situación de desprotección y fragilidad. Por ello es importante situar estos fenómenos en contextos de vulnerabilidad. Así, no hablamos de hechos aislados, sino de procesos históricos, políticos, culturales, institucionales y relacionados con los recursos naturales, que configuran las condiciones sociales y ambientales en las que viven las personas.

Estos procesos generan situaciones de inseguridad inmediata, como habitar en lugares peligrosos o en viviendas precarias, enfrentando problemas de salud y de seguridad. Es decir, hay riesgos evidentes para la vida que deben gestionarse de manera integrada para reducir los impactos.

La buena noticia es que existe y se ha preservado durante siglos un conocimiento ecológico local desarrollado por comunidades indígenas es una herramienta clave para el manejo sostenible de los recursos naturales y para la conservación de la diversidad biológica y cultural. Por ello, la participación de las comunidades es indispensable en la definición de estrategias de gestión sostenible y políticas públicas de desarrollo local, como respuesta a crisis ambientales.

LOS PROCESOS DE CUIDADO

¿Qué significa cuidar? ¿Qué implica? ¿Quiénes cuidan? Estas son algunas de las preguntas que nos hacemos cuando hablamos de los procesos del cuidado.
Preocuparse, hacerse cargo, suministrar cuidados, recibir cuidados. Se trata de un componente fundamental de la convivencia en sociedad y para la sostenibilidad de la vida. Sus características principales son las siguientes:

1. EL CUIDADO ES RELACIONAL

La premisa es que todos los seres humanos, en función de nuestras necesidades y capacidades, podemos ser dadores de cuidado y somos receptores de cuidado (cuando somos niños, en la vejez, en la enfermedad). Es decir, somos frágiles e interdependientes.

2. EL CUIDADO ES CONTEXTUAL

Si bien todas las personas tenemos las mismas necesidades básicas, cada cultura tiene un modo de practicar las necesidades de cuidado. En otras palabras, las necesidades de cuidado son universales, pero las prácticas de cuidado responden al contexto y a situaciones concretas.

3.- EL CUIDADO ES (O DEBE SER) INCLUYENTE

Los procesos del cuidado tienen varias implicaciones, entre ellas sobre la desigualad de género y en la división sexual del trabajo, que pueden ser objeto de narrativas que distorsionen su esencia. Lo esencial es que nadie, por ningún motivo, debe estar excluido del derecho a recibir cuidado cuando lo necesite.

EL CUIDADO COMO DERECHO, TRABAJO Y NECESIDAD

En esencia el cuidado consiste en la provisión de bienestar que permite el sostenimiento de la vida. Las tareas de cuidado son todas aquellas actividades indispensables para la subsistencia, el bienestar (físico, afectivo y emocional) y el desarrollo, a lo largo de todo el ciclo vital de las personas . Cuidar es criar, alimentar, curar, atender, apoyar, velar por los demás. Además de cuidarnos a nosotros mismos (el autocuidado) y cuidar a los otros (cuidado social), el análisis del tema incluye también el cuidado de la vida en comunidad, de los bienes comunes, del medio ambiente. El cuidado puede ser directo (la atención prestada a las personas receptoras, que implica tiempo, recursos y conocimientos) e indirecto (todo aquel trabajo necesario para el cuidado directo, que abarca el trabajo doméstico como cocinar, limpiar, ordenar, acarrear leña o conseguir agua).

El cuidado entonces es un derecho autónomo, un trabajo y una necesidad. Puede y debiera ser provisto por las familias, instituciones de la sociedad o la comunidad, el Estado y el sector privado. Pero la pregunta clave que debemos hacernos es la siguiente: ¿quiénes cuidan? Diferentes estudios demuestran que, en todos los ámbitos, en el doméstico y en la esfera pública, las mujeres son las que predominantemente actúan como cuidadoras. Y este trabajo, esencial para la sostenibilidad de la vida, no es reconocido, en general no implica remuneración y suele ser invisibilizado y menospreciado.

Desde el feminismo se han realizado diferentes análisis y conceptualizaciones respecto a cuestiones como la división sexual del trabajo, el trabajo reproductivo y los regímenes de bienestar. Sobre esa base, estudios de género desarrollaron categorías relevantes como productivo/reproductivo, remunerado/no remunerado y público/ privado para explicar la forma en que funcionan los roles de género y las jerarquías inherentes, las desigualdades y distintos reconocimientos, así como las asimetrías de poder y de prestigio.

Algunas autoras argumentan que existe una contradicción entre los cuidados y el capitalismo, que deriva en una crisis general de la reproducción social e incluye la crisis de los cuidados y la crisis ambiental. La contradicción radica en que el sistema capitalista requiere de la reproducción social, pero la acumulación ilimitada que lo caracteriza la pone en riesgo.

La antropología feminista, por su parte, sostiene que no hay una sola ética del cuidado, sino diversas. Así, se habla de principios morales que coexisten en las responsabilidades de cuidados y tienen género: el cuidado como don, como reciprocidad y como deuda. Esta obligación moral está desigualmente repartida, y se concentra en las mujeres al interior de sus familias.

CUIDADO Y NATURALEZA

Por último, desde el ecofeminismo se argumenta que el cuidado es un aspecto determinante de la interdependencia entre las comunidades, la sociedad y el medio ambiente, y es también un puente entre la justicia social y el ejercicio de derechos. Se parte de la necesidad de poner en el centro el bienestar de las personas, pero replanteándose las relaciones con la naturaleza, lo que implica reconocer que somos eco-dependientes (necesitamos de la naturaleza, que también debe ser objeto de cuidado), así como seres profundamente interdependientes (a lo largo de nuestra vida dependemos física y emocionalmente del tiempo y energía de otras personas, en especial mujeres, en tanto principales cuidadoras).

Esta visión se ha enriquecido con el multiculturalismo y miradas que aportan cosmovisiones indígenas, lo que plantea el reto de avanzar hacia un diálogo intercultural. Cuerpo-tierra-territorio aparecen como la triada donde se unen cuidado y ambiente desde algunas visiones de lideresas indígenas feministas o vinculadas al feminismo, estableciendo analogías de la explotación de la naturaleza con la del cuerpo de las mujeres, del extractivismo de la naturaleza con el que opera respecto del tiempo de las mujeres.

En síntesis, la mirada feminista plantea visibilizar y valorar los trabajos de reproducción y cuidado como pilar fundamental del sostenimiento de la vida, así como poner foco en las desigualdades de género asociadas a estos trabajos, con un enfoque interseccional. La premisa es que el trabajo de las mujeres, remunerado o no remunerado, contribuye de forma decisiva a la seguridad alimentaria, la salud familiar y comunitaria, la economía familiar, y el cuidado de las personas y de la naturaleza.

ARTICULACIÓN ENTRE CRISIS AMBIENTAL, MEDIOS DE VIDA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL CUIDADO

El enfoque de Medios de Vida Sostenibles permite identificar que la crisis climática no es únicamente un fenómeno de degradación biofísica, sino también un proceso de debilitamiento comunitario y social que altera la estructura del tiempo y el bienestar. La sostenibilidad de la vida no depende solo de la producción de bienes, sino de un complejo proceso de reproducción social que incluye cuidados, afectos y recursos naturales, elementos que pueden verse fracturados por desastres naturales o, en su caso, por el fuego y la sequía.

Desde este enfoque, se comprende que la vulnerabilidad se expresa en la erosión sistémica de los capitales: natural, social, humano, físico y financiero. En ese marco, la literatura feminista muestra que el capital humano de las mujeres funciona como el "activo de último recurso" (el "ajuste de última instancia" del sistema económico). La crisis climática actual puede leerse como una "crisis de la reproducción social", donde la capacidad de la sociedad para cuidar de sí misma y de la naturaleza está siendo socavada por un sistema que prioriza la acumulación frente a la vida
.
En ese marco, se pueden observar algunas relaciones:

a) La interdependencia de los capitales y la transferencia de costos al cuidado. Los capitales no funcionan de manera aislada. Cuando los incendios destruyen el capital natural y el capital físico, se produce una transferencia de costos hacia el capital humano de las

mujeres. Ante la ausencia de recursos del entorno, el trabajo de cuidados debe "estirarse" para compensar lo que el mercado o el Estado no proveen. Así, el trabajo doméstico y de cuidados actúa como el "ajuste de última instancia" del sistema económico.

b) El capital social como activo en disputa. Si bien el capital social (redes de parentesco, confianza, ayuda mutua) es el principal activo de las comunidades indígenas, los eventos extremos generan una tensión sobre estas redes. La vulnerabilidad ante el cambio climático está profundamente mediada por las desigualdades de género preexistentes. En este contexto, las prácticas de cuidado dejan de ser únicamente domésticas para volverse colectivas, evidenciando que la gestión del desastre ambiental descansa en una infraestructura social de cuidados invisibilizada, que sostiene la vida siempre, pero con más intensidad cuando el capital financiero y el capital natural desaparecen.

c) Capital cultural y la reconfiguración de saberes. La crisis ambiental impacta directamente en el capital cultural, entendido como el conocimiento ancestral sobre los ciclos de la naturaleza. La imprevisibilidad de las sequías desarticula los calendarios de siembra y recolección, tareas históricamente ligadas a la transmisión de saberes. Esta ruptura genera una carga de "cuidado emocional y simbólico": las mujeres no solo deben cuidar los cuerpos, sino también gestionar el duelo por la pérdida del territorio. Se produce lo que algunas corrientes del ecofeminismo denominan una "crisis de los medios de existencia", donde la adaptación de los saberes tradicionales a un entorno hostil añade tensión al trabajo de reproducción social.

HABLEMOS DE LOS IMPACTOS

¿Cuáles son los impactos resultantes de la crisis climática y, en especial, en el caso que nos ocupa, de los incendios y la sequía? ¿Qué efectos tienen en la vida cotidiana? ¿Cómo se expresan y cómo se gestionan esos impactos en las familias y en la comunidad?

La literatura especializada sobre crisis climática y medios de vida rurales ha avanzado de manera significativa en el análisis de la vulnerabilidad socioam-biental y de los impactos diferenciados por género. En los contextos indíge-nas de la Chiquitanía, la sostenibilidad de la vida no es un proceso abstracto, sino una práctica material profundamente anclada en la salud de los ecosis-temas.

La evidencia acumulada demuestra que los eventos climáticos extremos no son solo "choques" externos, sino trayectorias que reconfiguran los procesos de reproducción social en territorios rurales. La intensificación de sequías e incendios actúa como un multiplicador de desigualdades preexistentes. Y es que el cambio climático "no es neutral al género", ya que profundiza la divi-sión sexual del trabajo al transferir la gestión de la escasez hídrica y alimenta-ria al ámbito privado y no remunerado.

EVOLUCIÓN DE SEQUÍA E INCENDIOS EN LA CHIQUITANÍA (2019–2024)

En la Chiquitanía, la crisis ambiental está atravesada por la recurrencia de sequías e incendios, que se producen en el ámbito de un modelo de desarrollo extractivista que presiona los territorios, debilita la institucionalidad y traslada los costos de la devastación a las comunidades locales, intensificando las desigualdades de género.

Como demuestran diferentes estudios e informes, en especial de la Autoridad de Bosques y Tierras (ABT), el periodo 2019-2024 se caracteriza por una serie de eventos extremos que marcaron la dinámica ambiental de la Chiquitanía y que representan una continuidad de procesos de degradación iniciados décadas atrás, pero que en estos años adquirieron un carácter crítico.

En 2024, la pérdida de bosque primario tropical alcanzó los niveles más altos de la historia reciente, con 6,7 millones de hectáreas perdidas, un aumento del 80% respecto a 2023, impulsadas principalmente por incendios de gran magnitud. En este escenario, Bolivia se ubicó en el segundo lugar mundial en pérdida de bosque primario, después de Brasil, lo que sitúa a la Chiquitanía como parte de una tendencia regional

y global de deforestación y degradación ambiental vinculada al cambio climático y la expansión agropecuaria. Se estima que entre 2019 y 2024 más de 20 millones de hectáreas fueron afectadas en Bolivia, con epicentro en Santa Cruz, en la Chiquitanía. Esta recurrencia confirma que los incendios son fenómenos estructurales, exacerbados por sequías prolongadas, expansión agropecuaria y débil control institucional. Se evidencia así que la crisis no es meramente climática: está atravesada por un modelo que promueve la deforestación y flexibiliza las normas ambientales, ampliando la frontera agrícola y ganadera sobre bosques y territorios indígenas.

2019: PUNTO DE INFLEXIÓN

Ese año se registraron en Bolivia los incendios más extensos y devastadores de la última década. Fueron catalogados como "incendios de sexta generación", con una capacidad de arrasar más de 4 mil hectáreas por hora. El carácter extremo de este evento se explica por anomalías climáticas (sequías prolongadas y temperaturas inusualmente altas), combinadas con prácticas de quema para habilitación de tierras agrícolas y ganaderas. A nivel nacional, se quemaron más de 5,3 millones de hectáreas, de las cuales al menos 744.711 correspondieron a la Chiquitanía, afectando 11 municipios, entre ellos San Ignacio de Velasco y Concepción. La superficie afectada alcanzó 3,89 millones de hectáreas, equivalente al 18 % de su territorio.

Asimismo, fuentes periodísticas registraron que, solo en agosto de 2019, más de 450 mil hectáreas de bosque seco chiquitano fueron consumidas en cinco días, con casi un millón de hectáreas afectadas a nivel nacional. Las condiciones de sequía extrema convirtieron al bosque seco en material altamente inflamable.

2020–2021: PERSISTENCIA DE LA SEQUÍA DURANTE LA PANDEMIA DEL COVID 19

Aunque la magnitud de los incendios fue menor en estos años, la sequía continuó ejerciendo presión sobre las comunidades. En 2021, se reportaron 36 mil hectáreas afectadas en Santa Cruz, con focos dispersos en áreas previamente quemadas, lo que evidenció la dificultad de regeneración natural de los ecosistemas.

2022: REACTIVACIÓN DEL FUEGO

Los incendios volvieron a intensificarse el año 2022, alcanzando 299.503 hectáreas a nivel nacional, de las cuales el 77,6 % se concentró en Santa Cruz. En la Chiquitanía, se contabilizaron unas 232 mil hectáreas adicionales afectadas, principalmente en áreas de transición entre bosque seco y sabana.

2023: CONDICIONES CRÍTICAS

La persistencia de un clima seco favoreció una nueva expansión del fuego. Se estimó que 3,5 millones de hectáreas fueron quemadas en el país, afectando nuevamente a comunidades que aún no se habían recuperado de los incendios de 2019. A esto se sumó la pérdida de casi 700 mil hectáreas de bosque, gran parte de ellas en Santa Cruz y Beni, lo que confirma la continuidad de la presión agropecuaria y extractiva sobre los bosques.

2024: RÉCORD HISTÓRICO DE DEVASTACIÓN

Hasta septiembre de 2024, se habían perdido 10,1 millones de hectáreas en Bolivia, de las cuales 6,9 millones correspondieron a Santa Cruz y 2,9 millones a Beni. El 58 % de esta superficie fueron bosques, con severas consecuencias en áreas protegidas y Tierras Comunitarias de Origen, que representaron el 28 % del área afectada en Santa Cruz.

La pérdida total por incendios en Bolivia en 2024 superó los 12 millones de hectáreas, de las cuales 7,3 millones se concentraron en Santa Cruz, es decir, cerca del 65% del total nacional. De todo el bosque primario perdido, 1,8 millones de hectáreas fueron arrasadas por el fuego. Además, hasta julio de 2024 se habían registrado 1.500 focos de calor y 13 incendios activos solo en Santa Cruz.

A nivel global, los incendios fueron responsables de casi la mitad de la pérdida de bosque primario tropical en el mundo, y en Bolivia provocaron un incremento del 200% en la pérdida anual de bosque primario.

Así, en la región de la Chiquitanía, los impactos ambientales de los incendios y las sequías generaron procesos de migración forzada, pérdida crítica de biodiversidad y una creciente precarización económica en las familias rurales. La destrucción de los bienes comunes naturales es simultáneamente una destrucción de los medios de reproducción social.

La erosión de los capitales físico y natural en la Chiquitanía no es un proceso neutral. La degradación ambiental se traduce en una "deuda de cuidados": una transferencia invisible donde las comunidades, y específicamente las mu-jeres indígenas, terminan por subsidiar con su tiempo, salud y cuerpos la au-sencia de infraestructuras climáticas y servicios básicos. No solo hablamos de impactos, sino de un proceso de desposesión del tiempo y de la vida que ocu-rre bajo el humo, la ceniza y la falta de agua.

IMPACTOS EN LOS MEDIOS DE VIDA SOSTENIBLES

Los impactos de los incendios y sequías se pueden observar en seis dimensiones interrelacionadas, que permiten comprender cómo la crisis ambiental afecta la reproducción social en las comunidades, como se muestra en valiosos informes de la Fundación Tierra, APCOB, UNIR, FCBC y WRI .

1. CAPITAL NATURAL

La pérdida de bosques y fuentes de agua constituye el mayor impacto. En Monte Verde (Concepción), se afectaron unas 500 mil hectáreas de bosque alto. La fragmentación y la pérdida de conectividad ecológica afectaron el hábitat del jaguar, y con ello a la fauna de caza de la cual dependen muchas comunidades indígenas.

El bosque seco chiquitano alberga al menos 554 especies animales y más de 55 especies vegetales endémicas, cuya supervivencia se vio gravemente amenazada por los incendios de 2019. Estimaciones sugieren que la regeneración de estas áreas podría tardar alrededor de 200 años.

A nivel regional, la pérdida de bosque primario en 2024 se intensificó particularmente en zonas de Amazonía y Chiquitanía. Bolivia contribuyó con el 13,1 % de la pérdida mundial de bosque primario en 2023, lo que revela su creciente peso en la crisis ambiental global.

2. CAPITAL HUMANO

Los incendios afectan gravemente la salud y las condiciones de vida cotidiana de las comunidades. Tras los siniestros de 2024, el 99% de las comunidades registraron casos de infecciones respiratorias agudas y el 90 % presentó enfermedades diarreicas agudas. A este panorama se suma la escasez de agua, que limita la higiene y compromete la seguridad alimentaria. La situación se ve aún más crítica por la distancia promedio de 35 kilómetros que separa a las comunidades de los centros de salud, lo que obliga a que gran parte de la atención recaiga en los hogares, incrementando la carga de los cuidados.

Por otra parte, la sequía convierte al agua en un recurso que, en la práctica, se vuelve "no renovable", transformando las rutinas de cuidado y los procesos de reproducción social.

3. CAPITAL SOCIAL

Las redes comunitarias se fortalecen frente a la crisis, mediante brigadas de control de incendios, apoyo mutuo y distribución de tareas (como las cocineras comunitarias). Sin embargo, también se ven tensionadas por la pérdida de infraestructura, la evacuación de familias y la competencia por recursos escasos. Se evidencia la capacidad de los pueblos indígenas para fortalecer la resiliencia social y ambiental. Las comunidades enfrentan simultáneamente el despojo territorial por asentamientos irregulares y la presión del agronegocio.

4. CAPITAL FÍSICO

La infraestructura básica resulta seriamente dañada: viviendas, chacos, caminos y sistemas de agua. En Monte Verde, se registró la suspensión de clases en un promedio de 35 días por comunidad, afectando la continuidad educativa y obligando a reorganizar el cuidado infantil en los hogares. Además, la destrucción de sistemas de agua obliga a las mujeres a recorrer mayores distancias para acarrear el recurso, intensificando su carga de trabajo doméstico.

5. CAPITAL FINANCIERO

Las pérdidas económicas son sustanciales. En Monte Verde, se cuantificaron Bs. 1,08 millones en pérdidas agrícolas, Bs. 145.900 en pérdidas ganaderas y más de Bs. 7,7 millones en pérdidas forestales. A esto se suman los costos asumidos por las comunidades en la lucha contra el fuego, que superaron los Bs. 6 millones, estimando el trabajo voluntario de brigadistas y cocineras. Este esfuerzo colectivo representa un costo oculto que recae en las familias y reduce su capacidad de recuperación. La lógica extractivista y la ausencia estatal desplazan los costos de la crisis ambiental hacia las comunidades.

A escala macro, la pérdida de 6,7 millones de hectáreas de bosque primario en 2024 generó 3,1 gigatoneladas de emisiones de carbono, un costo ambiental y económico que no es asumido por los países emisores ni por las empresas responsables, sino que repercute sobre los medios de vida locales.

LA SEXTA DIMENSIÓN: EROSIÓN DEL CAPITAL CULTURAL

El capital cultural se expresa en los conocimientos, prácticas, valores, lenguas y formas de organización comunitaria que sostienen la vida en la Chiquitanía. La crisis ambiental provocada por sequías e incendios no solo afecta los recursos materiales, sino también la continuidad de las tradiciones que estructuran la identidad de los pueblos indígenas.

La pérdida de bosques implica también la desaparición de sitios sagrados, plantas medicinales y especies asociadas a rituales y festividades, lo que debilita los vínculos entre territorio, espiritualidad y vida comunitaria. Los incendios recientes devastaron áreas utilizadas para ceremonias colectivas, lo cual interrumpe prácticas culturales de transmisión intergeneracional . En Monte Verde, la desaparición de árboles centenarios, considerados protectores espirituales, fue percibida como una herida colectiva que desestructura la cosmovisión indígena .

Asimismo, la destrucción de ecosistemas altera las prácticas de caza, recolección y agricultura tradicional, que constituyen no solo medios de subsistencia sino también elementos de aprendizaje cultural para niñas y niños. La pérdida de semillas nativas y de técnicas de manejo comunitario del fuego reduce la capacidad de las comunidades para reproducir su patrimonio cultural agrícola, incrementando la dependencia de insumos externos y debilitando la autonomía alimentaria.

En términos de género, las mujeres desempeñan un papel central en la preservación del capital cultural a través de la transmisión de saberes de cuidado, medicina tradicional, cocina y educación comunitaria. La intensificación de los cuidados frente a la crisis ha llevado a que las mujeres refuercen sus roles como guardianas del conocimiento cultural, combinando prácticas ancestrales con estrategias de adaptación frente a la escasez de agua y alimentos. Esta carga adicional, sin embargo, se suma a las múltiples responsabilidades que ya enfrentan, profundizando la desigualdad de género.

La pérdida acelerada de bosques no solamente erosiona la biodiversidad, sino también las culturas que dependen de ellos . En el caso de Bolivia, la devastación en la Chiquitanía pone en riesgo sistemas culturales que han coexistido históricamente con el bosque seco tropical. La erosión del capital cultural se traduce en una pérdida intangible que impacta en la cohesión social, el sentido de pertenencia y la resiliencia comunitaria frente a la crisis climática.

UNA MIRADA PRELIMINAR A LOS IMPACTOS EN LA VIDA COTIDIANA

Los impactos sobre los medios de vida sostenibles se traducen en un aumento significativo del trabajo de cuidados. Los incendios impactan de manera directa en la vida cotidiana de las comunidades indígenas y campesinas, vulnerando derechos fundamentales y generando cargas adicionales de cuidados no remunerados, especialmente para las mujeres.

La búsqueda de agua, leña y alimentos demanda más tiempo y esfuerzo; el cuidado de personas enfermas por humo o agua contaminada incrementa la carga doméstica; la suspensión de clases obliga a asumir tareas adicionales de cuidado infantil; y la participación en brigadas comunitarias incluye un componente esencial de cuidados, como la preparación de alimentos y apoyo logístico, realizado en su mayoría por mujeres.

Este vínculo adquiere una dimensión política cuando se observa que las mujeres indígenas no solo sostienen la reproducción cotidiana de la vida en contextos de crisis, sino que además se constituyen en las principales defensoras del territorio.

En síntesis, las consecuencias no se limitan al daño ecológico: incluyen pérdidas económicas cuantiosas, deterioro de la salud, interrupción educativa, fragmentación social y, de manera central, una sobrecarga del trabajo de cuidados que recae en las mujeres.

CUIDADOS, RURALIDAD Y PUEBLOS INDÍGENAS

¿Cuál es la relación de la ruralidad y los pueblos indígenas con el trabajo de cuidados? ¿Cómo se plantea en diferentes contextos? ¿Con qué característica?

Un estado del arte sobre cuidados y ruralidad en América Latina, realizado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), expone factores que se verifican en Bolivia y en particular en los territorios indígenas. Dispersión geográfica y dificultades de accesibilidad actúan como limitantes para diversos aspectos en estos territorios, factores a los que se suman la insuficiencia de servicios básicos (que torna más intenso el trabajo no remunerado) y la nula o escasa oferta de servicios estatales y privados de provisión de cuidado.

En estos contextos, la autonomía económica de las mujeres es una ficción, aun cuando tengan ingresos laborales remunerados, pues su continuidad, cantidad y libre disposición no están aseguradas, tanto por las características de la ocupación remunerada como por las necesidades familiares a las cuales destinan sus ingresos y por la ausencia de mecanismos de seguridad social y protección social.

Precisamente, en relación con los déficits en la autonomía económica de las mujeres, otros rasgos presentes en América Latina y verificables en Bolivia son una superposición del trabajo productivo y reproductivo. Si bien esta superposición y la alternancia constante de trabajo remunerado y no remunerado no es exclusiva de zonas rurales y se produce también en contextos urbanos del país, en las zonas rurales es más pronunciada porque la producción, consumo y residencia se desarrollan en el mismo espacio. Este solapamiento de actividades contribuye a su desvalorización e invisibilización.

Otra cuestión importante tiene que ver con el cuidado ampliado, como sucede en las comunidades indígenas de Villa Montes (guaran y weenhayek), Carapari (guaraní) y Yacuiba (guaraní y weenhayek), según una investigación desarrollada por el Centro de Capacitación e Investigación de la Mujer Campesina de Tarija (CCIMCAT) y la Coordi- nadora de la Mujer con la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

La visión de cuidado ampliada alude a la diversidad de ámbitos de trabajo y los múltiples roles y actividades que deben asumir las mujeres. Se trata de una sobrecarga de responsabilidades que trascienden los espacios de reproducción del hogar y se extienden hacia las tareas de cuidado de huertos, chaco y animales domésticos; la representación y participación en las actividades comunitarias; el cuidado de los medios de vida como el río, los peces y los cultivos; y la generación de ingresos monetarios mediante trabajo remunerado y la comercialización de sus productos.

La presión por generar ingresos para las familias modificó la intensidad de inversión de tiempo y trabajo de las mujeres en las diferentes tareas, que, bajo la persistencia de la división de sexual del trabajo, han reforzado su carga laboral en las comunidades de los pueblos indígenas guaraní y weenhayek. La representación del trabajo de cuidados desarrollado en un tiempo anterior al presente, el "antes", incluye de manera integrada el cuidado de la familia y los medios de vida.

También resulta interesante que el cuidado no es por defecto comunitario, sino familiar y femenino, aun cuando el primer apoyo al que acuden las mujeres ante la imposibilidad de cuidar sea el de otras mujeres de la comunidad, incluso antes que el de hombres de las propias familias.

Otro estudio, de Farah y Elías, sobre la distribución del cuidado en Mecapaca (La Paz), el Sena (Pando) y en la autonomía indígena de Raqaypampa (Cochabamba), evidencia que las mujeres de estas comunidades dedican similar o mayor tiempo al trabajo "productivo" que los varones y con actividades más diversificadas, y aun así su dedicación horaria es mayor en el cuidado.

En las tres comunidades, al interior de las familias, las mujeres son casi las exclusivas cuidadoras. Opera para ello una "ética del cuidado": para las mujeres, el cuidado es un mandato. En general, el trabajo doméstico y reproductivo no es parte del "deber ser" de los hombres, a pesar del persistente discurso sobre la "complementariedad" chacha-warmi (hombre-mujer).

Asimismo, un estudio de Ciudadanía evidencia una marcada desigualdad en la distribución del trabajo de cuidados. Las mujeres dedican en promedio más de cinco horas diarias a tareas domésticas y al cuidado infantil, mientras los hombres invierten menos de cuatro. En los territorios indígenas de Monte Verde y Lomerío, el cuidado de niñas y niños recae casi exclusivamente en las mujeres, quienes además combinan estas labores con actividades agropecuarias. Esta sobrecarga limita su autonomía y su participación en espacios económicos y comunitarios.

Igualmente, un estudio de CIPCA muestra que, en la Chiquitanía y en particular en Río Blanco, las mujeres dedican cerca de cinco horas diarias al trabajo no remunerado, que incluye preparación de alimentos, limpieza, lavado de ropa, mantenimiento de la casa, cuidado de los hijos, acarreo de agua.

Por último, una investigación de Peredo en la Amazonía boliviana sostiene que los impactos del cambio climático tienen un efecto profundo en la vida de las mujeres, en particular las mujeres indígenas, que se expresa en dimensiones como la exacerbación de las violencias, la sobrecarga de trabajo o los desplazamientos forzados por los desastres climáticos. Ello, en circunstancias en que el rasgo particular de todas estas dimensiones son las labores de cuidado que permanecen como una constante de desigualdades.

VIVIR EN CANDELARIA, RÍO BLANCO Y SAN JUANCITO

La Chiquitanía boliviana, en el departamento de Santa Cruz, es una región reconocida por su enorme riqueza natural, cultural e histórica. Sus paisajes combinan bosques, sabanas y una gran diversidad de animales y plantas, formando uno de los ecosistemas más importantes del país. También es conocida por las antiguas iglesias misionales y por una cultura que mezcla las raíces indígenas con el legado de las Misiones Jesuíticas.

En esta región se encuentran los municipios de Concepción y San Ignacio de Velasco, donde habitan numerosas comunidades indígenas chiquitanas. Su población mantiene una fuerte relación con la vida comunitaria, el cuidado del territorio y las tradiciones heredadas de generación en generación. La identidad chiquitana se expresa en sus fiestas, su música, sus artesanías, la talla en madera, los tejidos y las formas de organización comunitaria.

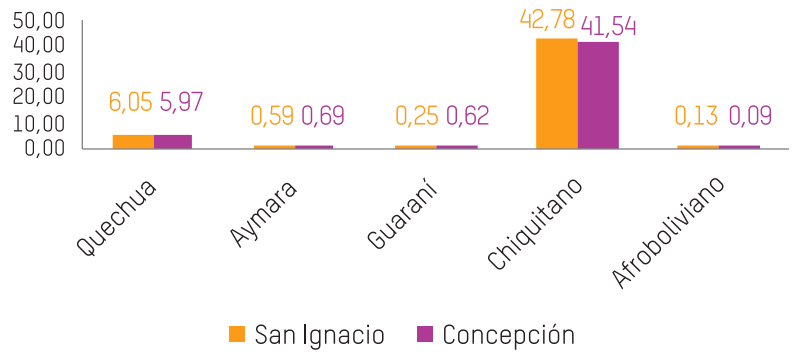
Las comunidades indígenas de estos municipios conservan conocimientos ancestrales sobre el bosque, la agricultura, las plantas medicinales y el uso sostenible de los recursos naturales. Para muchas familias, la naturaleza no solo representa un medio de vida, sino también parte de su historia, espiritualidad y cultura.

Al mismo tiempo, la Chiquitanía enfrenta importantes desafíos debido a los incendios forestales, la sequía y la expansión de actividades que afectan al bosque y a las comunidades. Pese a ello, las poblaciones indígenas continúan defendiendo su territorio, sus saberes y su forma de vida, manteniendo viva una de las culturas más valiosas del oriente boliviano.

TRES COMUNIDADES CHIQUITANAS

En la Chiquitania, las comunidades de Candelaria y Río Blanco se encuentran en el municipio de Concepción, que según el Censo de 2024 tiene 30.188 habitantes; mientras que San Juancito está en el municipio de San Ignacio de Velasco, que cuenta con 67.103 habitantes. Casi la mitad de la población se autoidentifica como indígena en ambos municipios.

GRÁFICO 1 > PERTENENCIA ÉTNICA: CONCEPCIÓN Y SAN IGNACIO



Fuente: elaboración propia en base a Diagnosis (2024).

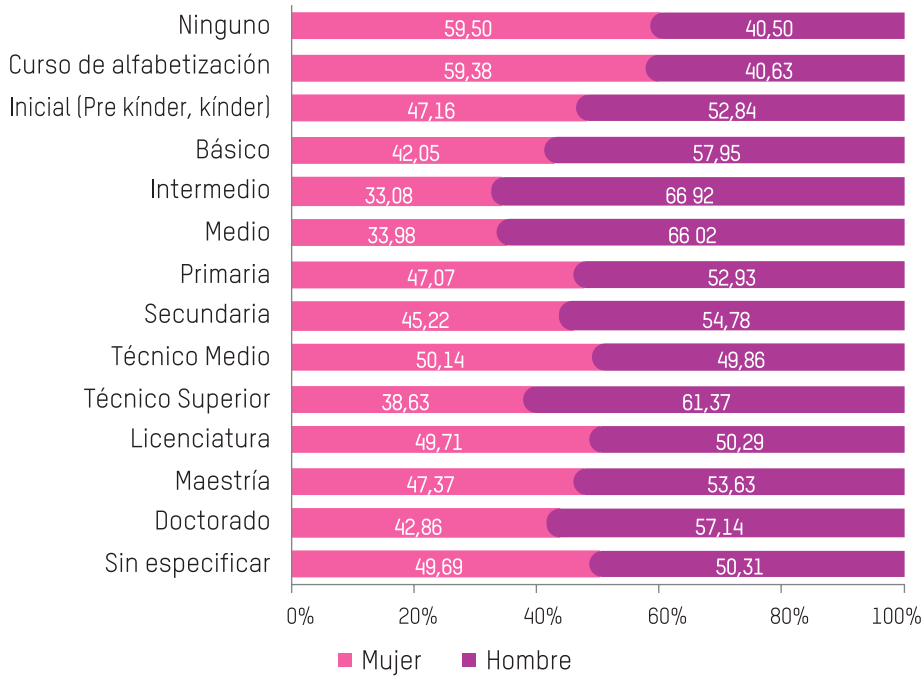
Tanto en Concepción como en San Ignacio de Velasco, predomina la población de identidad chiquitana, que representa el 42,78 % en San Ignacio y el 41,54 % en Concepción, evidenciando su fuerte presencia territorial y cultural. En menor proporción se registran poblaciones quechua (6,05 % y 5,97 %, respectivamente) y guaraní (0,25% y 0,62 %); mientras que los grupos aymara y afroboliviano alcanzan porcentajes mínimos, reflejando una composición étnica mayoritariamente chiquitana con diversidad minoritaria.

El término chiquitano constituye una categoría amplia y de uso generalizado para referirse a los pueblos de la región oriental de Bolivia conocida como Chiquitanía, denominación que se consolidó durante el periodo de las reducciones misionales. Antes de este proceso, coexistían en el territorio diversos pueblos con idiomas y culturas propias, entre ellos los nusika, napeka, monkox y punaka, que fueron progresivamente homogeneizados bajo la categoría "chiquitano".

En contraste, el pueblo monkox, con presencia significativa en San Antonio de Lomerío, representa una denominación más específica, asociada a una identidad lingüística y territorial particular que logró mantenerse con mayor vitalidad, en parte debido a su relativa autonomía geográfica y a la continuidad de hablantes de bésiro. De este modo, mientras "chiquitano" funciona como una categoría regional integradora, "monkox" o "monkox chiquitano" remite a una identificación más concreta y culturalmente diferenciada dentro de ese universo.

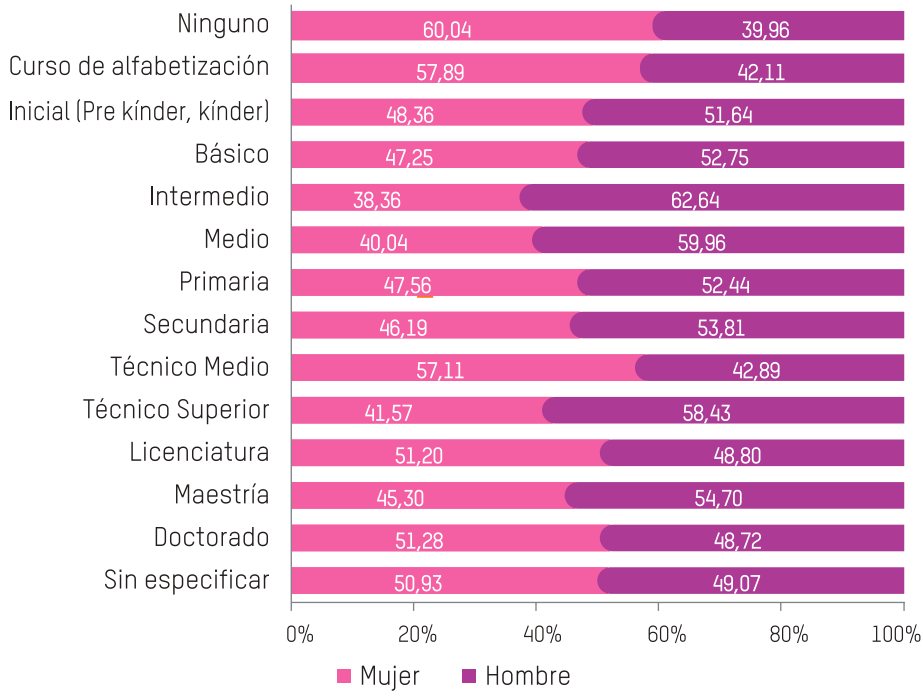
Volviendo a los municipios abordados, en materia educativa aún persisten brechas entre mujeres y hombres en ambos municipios, como puede verse en los siguientes gráficos.

GRÁFICO 2 > ÚLTIMO CURSO O AÑO APROBADO Y NIVEL EDUCATIVO: CONCEPCIÓN



Fuente: Elaboración propia con datos del Censo de Población y Vivienda 2024

GRÁFICO 3 > ÚLTIMO CURSO O AÑO APROBADO Y NIVEL EDUCATIVO: SAN IGNACIO

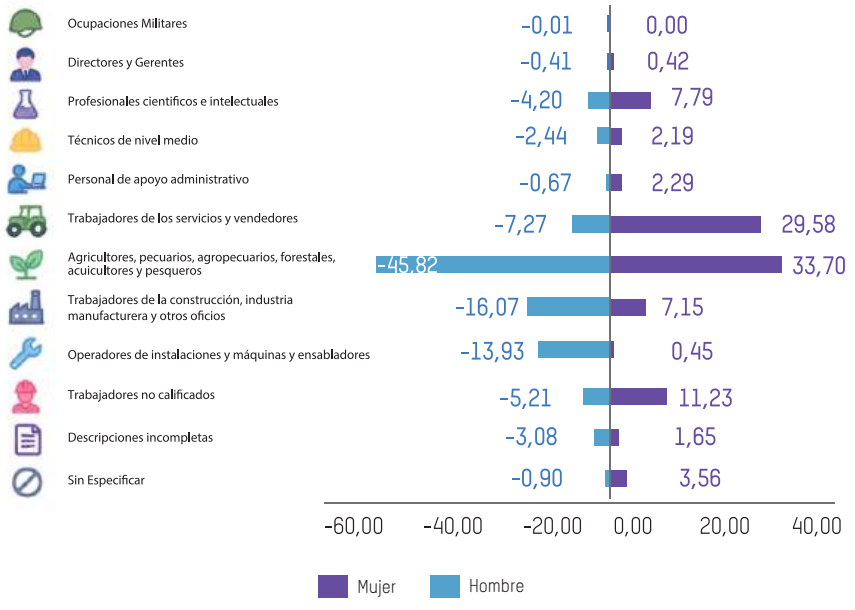


Fuente: Elaboración propia con datos del Censo de Población y Vivienda 2024

En cuanto a los perfiles laborales, en Concepción, las mujeres se concentran principalmente en la agricultura (33,70 %) y en el sector de servicios y ventas (29,58 %), mientras que los hombres predominan en las actividades agropecuarias (45,82 %) y en la

construcción o manufactura (16,07 %). La distribución evidencia una marcada segmentación laboral por género, con roles productivos diferenciados según el tipo de actividad económica. En cualquiera de los sectores, la mayoría de las mujeres trabaja por cuenta propia.

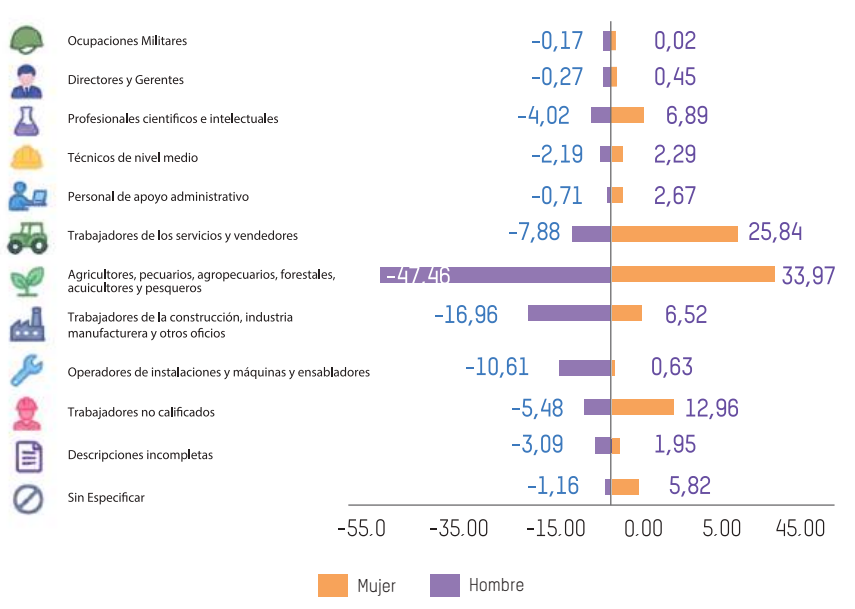
GRÁFICO 4 > GRUPO OCUPACIONAL POR SEXO: CONCEPCIÓN



Fuente: Elaboración propia con datos del Censo de Población y Vivienda 2024

En San Ignacio de Velasco, la población masculina se concentra principalmente en actividades agropecuarias (47,46 %) y en la construcción o manufactura (16,96 %), mientras que las mujeres participan sobre todo en la agricultura (33,57 %) y en el sector de servicios y ventas (25,84 %).

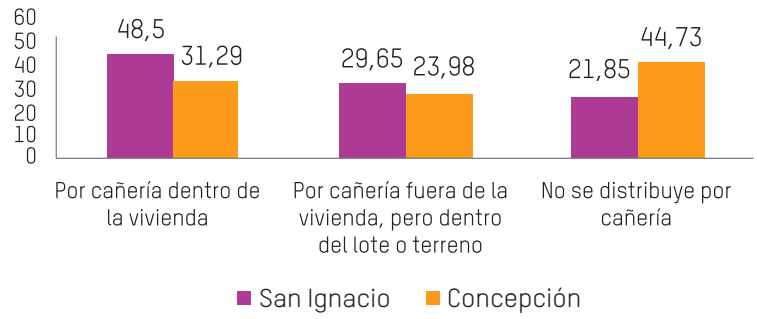
GRÁFICO 5 > GRUPO OCUPACIONAL POR SEXO: SAN IGNACIO DE VELASCO



Fuente: Elaboración propia con datos del Censo de Población y Vivienda 2024

El trabajo de cuidados no remunerado se inserta en un contexto de carencia de servicios básicos, que incrementa directamente el cuidado indirecto, tanto por el acarreo de agua y leña en sí, como por las dificultades asociadas a lavar y cocinar sin contar con un grifo.

GRÁFICO 6 > EL AGUA QUE USAN EN LA VIVIENDA SE DISTRIBUYE:



Fuente: Elaboración propia con datos del Censo de Población y Vivienda 2024

Ya en las comunidades mismas, un estudio muestra que en Río Blanco la participación de mujeres y hombres en el manejo de recursos naturales y obtención de beneficios (e ingresos) está diferenciada por género, de manera que por ejemplo en el manejo del bosque la madera es sinónimo de hombres, pero es femenino cuando el producto forestal es alimenticio, insumo de artesanía, leña o medicina. En general, más del 90% de las mujeres chiquitanas tiene participación en el manejo de productos forestales no maderables, agua y plantas medicinales, liderando actividades económicas.

Por otra parte, el trabajo de campo permitió verificar las siguientes características de las comunidades.

RECUADRO 1 > CARACTERÍSTICAS DE LAS COMUNIDADES

COMUNIDAD	NÚMERO DE FAMILIAS	SERVICIOS BÁSICOS	PRESENCIA DE ESTADO EN EL TERRITORIO	ORGANIZACIÓN DE MUJERES
CANDELARIA	120	Electricidad, agua de noria, leña o garrafa de gas, señal de telefonía e internet	Posta sanitaria. Unidad educativa con todos los niveles. Cisternas de alcaldía en sequía	Centro materno, asociación de emprendedoras, participación en OMIOCH-C
			Promotora comunitaria	
RÍO BLANCO	23 (15 permanentes)	No hay energía eléctrica ni agua por cañería, ni señal telefónica o de internet	Escuela primaria Se recurre a ambulancia de hospital municipal	Asociación Las Pioneras, participación en OMIOCH-C
			Promotora comunitaria	
SAN JUANCITO	83	Represa, pozos, tanques y agua por cañería, energía eléctrica	Unidad educativa con todos los niveles, pero inicial funciona parcialmente y todas las familias pagan mensualidad. No hay posta, sí visita mensual de médico. Algunas casas entregadas por Ministerio de Vivienda	No se identificaron
			Sin promotora comunitaria	

Fuente: Elaboración propia en base a Diarios de Investigación

En síntesis, las comunidades chiquitanas de Candelaria, Río Blanco y San Juancito representan una parte fundamental de la riqueza cultural, social y ambiental de la Chiquitanía boliviana. En ellas persisten formas de vida comunitaria basadas en la agricultura familiar, los saberes ancestrales, la organización comunal y una estrecha relación con el bosque y el territorio. Al mismo tiempo, enfrentan una situación de creciente vulnerabilidad debido a los incendios forestales, la sequía, la degradación ambiental y las limitadas condiciones de acceso a educación, salud, servicios y oportunidades económicas, diferenciadas por género. Pese a estos desafíos, las comunidades mantienen una fuerte capacidad de resistencia y preservación cultural, desempeñando un papel clave en la protección del bosque seco chiquitano y en la continuidad de la identidad indígena chiquitana en el oriente boliviano.

¿QUÉ SIGNIFICA CUIDAR EN LA CHIQUITANÍA?

En la cultura chiquitana, el cuidado se encuentra estrechamente vinculado al respeto y la protección hacia las personas, la naturaleza y el territorio. Históricamente, en las comunidades chiquitanas, los caciques fueron los encargados de transmitir estos saberes normativos y espirituales; posteriormente, con los procesos de evangelización, parte de esa responsabilidad fue asumida por los párrocos. Sin embargo, más allá de estas transformaciones institucionales, el cuidado se mantiene como un principio organizador dentro de la cosmovisión chiquitana.

Desde esta perspectiva cultural, el cuidado no se limita a la protección física, sino que implica una relación ética y espiritual con el entorno. La creencia en fuerzas o seres que habitan la naturaleza genera prácticas como pedir permiso antes de intervenir el monte, respetar a la Via kix kix - Madre Tierra y desear el bien al hermano ochurapa-amigo.

Como puede verse en el recuadro, en la lengua bésiro hay una diversidad de términos para referirse al cuidado. Esto muestra que no se trata de una categoría neutral ni universal, sino de una práctica profundamente relacional, diferenciada por género y comunitaria. El idioma distingue el cuidado según género, edad, condición del sujeto e incluso según el tipo de vínculo que se establece. Esta diferenciación lingüística sugiere que el cuidado está inscrito en una matriz social estructurada por relaciones específicas, además de estar culturalmente configurado de manera distinta según el género y la etapa de vida. Asimismo, el cuidado trasciende el ámbito doméstico y se proyecta hacia la comunidad y el territorio.

Cabe resaltar que esta dimensión lingüística y cultural del cuidado no implica necesariamente que su ejercicio práctico se resuelva de manera comunitaria. Como fue señalado y veremos más adelante, la prestación cotidiana del cuidado recae de forma desproporcionada en las mujeres, lo que revela tensiones entre el principio cultural del cuidado colectivo, expresado en términos como Subaka ityaku, y su materialización concreta en la división sexual del trabajo.

Si bien el uso del idioma bésiro es actualmente limitado y se concentra principalmente en personas adultas mayores de las comunidades, su persistencia constituye una herencia simbólica fundamental. El idioma no sólo comunica, sino que organiza la experiencia social y expresa una forma particular de comprender las responsabilidades, las relaciones y la vida comunitaria. En este sentido, el cuidado en bésiro permite comprender que el cuidado no es simplemente una práctica doméstica, sino un principio estructurante de la vida social, territorial y espiritual del pueblo chiquitano.

BÉSIRO: 13 EXPRESIONES PARA EL CUIDADO

En la lengua bésiro, no existe una palabra única equivalente al "cuidado" del castellano, con igual significado y con pluralidad de significados (polisémica). En su lugar, se identifican diversos términos, al menos 13, cuyo uso depende del sujeto involucrado y de la situación específica en la que se enuncia la acción de cuidar. Esta diversidad léxica no es aleatoria, sino que responde a una estructura relacional del lenguaje.

El bésiro presenta variaciones según el género del hablante. Por ejemplo, el saludo masculino se expresa como chamu raume, mientras que la forma femenina es raume. Este rasgo no constituye una simple variación formal, sino que evidencia cómo el idioma codifica posiciones sociales diferenciadas.

Las palabras que refieren al cuidado no conforman una simple diferencia léxica (respecto del castellano, por ejemplo), sino que expresan una forma particular de conceptualizar el cuidado como práctica situada y relacional. En bésiro, el significado se organiza en función de quién cuida, a quién se cuida y bajo qué circunstancias se ejerce dicha acción. El cuidado no aparece como una noción abstracta y general, sino como una práctica concreta, diferenciada y contextualizada. Asimismo, el bésiro presenta variaciones según la comunidad o zona de la Chiquitanía donde se lo utilice.

Veamos las 13 expresiones:

Cuidado en el sentido general y relacional

- Xakuidaka: para cuidar y proteger a una tercera persona.
- Xakuiñianto: para cuidarse a uno mismo/ autocuidado.
- Asasai nuxia o Asainuxhia: específico para cuidarse del peligro
- Akuira: cuídate bien.
- Vakuirara: cuidado en sentido general y para todos.

Cuidado diferenciado según el receptor

- Akuira takuna kupikimia: el cuidado a una señorita.
- Akuira takuna ñoñinka: el cuidado a un varón.
- Akuira takuna ñaima: el cuidado a un niño.
- Yaka ibu: "estar con él o ella", en referencia al cuidado familiar desde la perspectiva del acompañamiento materno o paterno.

Cuidado colectivo y comunitario

Subaka ityaku: cuidado entre todos o cuidado colectivo.

- Vayurara: ayudar, dimensión solidaria del cuidado.
- Cuidado ambiental y territorial
- Vakuirara noesa kix: Cuidado del medio ambiente o de la naturaleza.
- Via kix kix: De la Madre Tierra.

SIGNIFICADO Y CONTENIDOS DEL CUIDADO

¿Qué significa cuidar en las comunidades de la Chiquitanía que forman parte del presente estudio? ¿Cómo se entiende el trabajo de cuidado, en especial desde la percepción y la experiencia de las mujeres, que son las principales cuidadoras? ¿Cómo se cuida y qué implica hacerlo? Estas y otras cuestiones fueron incluidas en la observación participante en los territorios, así como en las entrevistas en profundidad con mujeres chiquitanas de Candelaria, Río Blanco y San Juancito, y también en los grupos focales. Las voces cuentan.

En general, el cuidado es apreciado por las entrevistadas como algo valioso, pero también como un trabajo pesado. Se concibe el cuidado asociado principalmente a las personas, pero también se reconoce la necesidad del cuidado del ambiente. Hay una diferencia interesante: el cuidado de una persona implica atención directa, en tanto el cuidado de la naturaleza requiere más bien no intervención o protección. El trabajo en el chaco no es concebido como cuidado porque está fuera del espacio doméstico (los chacos de las entrevistadas están entre 2 a 5 kilómetros de distancia de sus casas), genera dinero y para realizarlo hay que mermar el bosque. Para los varones participantes en los grupos focales, en cambio, el cuidado abarca un sinfín de actividades, incluyendo el chaco, así como todo lo que hacen para mantener a sus familias y velar por su seguridad y bienestar.

- En la comunidad usualmente cuidan todo el bosque porque se considera que es un bien para todos, que nos trae la vida, ¿no ve? El cuidado de las personas y el cuidado del bosque no es diferente porque un árbol es como un ser vivo, que uno tiene que cuidarlo de pequeño, darle agüita, abono, así como a un niño hay que amamantarlo. En cambio, con el chaco es diferente, porque para poder sembrar hay que limpiar, hay que tumbar árboles que no sirven para poder sembrar. Eso es lo que yo veo también: matamos árboles (Iris, comunidad San Juancito).

- Cuidar la naturaleza es distinto al cuidado de la familia: mientras a los hijos hay que atenderlos todo el día, al monte o a los árboles basta con no quemarlos, ya que se mantiene sano por sí mismo. El monte solito se cuida, es mejor sin nosotros más bien (María, comunidad San Juancito).

- El cuidado del ambiente no es lo mismo, porque el bosque se puede cuidar así de no tumbarlo, de no cortar los árboles; en cambio, con las personas hay que ver que vaya al colegio, que esté la comida, el aseo, la ropa, bañarlos a los más chiquitos, es trabajo (Joaquina, comunidad Río Blanco).

¿Qué signica cuidar? ¿Cuándo sentimos que estamos cuidando? Los contenidos que las mujeres chiquitanas identifican con el trabajo de cuidado son diversos: criar, alimentar, ayudar, dar remedios, curar o ayudar a curar, atender, velar por alguien o prevenirle un daño, estar pendiente de alguien y ser responsable por otras personas. Esta última acepción se ajusta al cuidado de la naturaleza (prevenir daño).

Se identifican, además, de manera consistente, todas las labores de cuidado indirecto: acarrear agua, conseguir leña, cocinar, lavar, ordenar y limpiar. La parte del trabajo de gestión es menos visibilizada por las propias entrevistadas.

Para los varones de los grupos focales, el cuidado hace honor a la polisemia del término, pues definen el cuidado como estar pendientes de todo lo que se necesita en la casa y en la comunidad. Incluyen abastecimiento, soporte material y vigilancia. Asumen también como cuidado sus ocupaciones remuneradas en ejercicio de su rol de proveedores.

En las mujeres jóvenes, los significados y contenidos del cuidado son similares. Solo se percibe un cambio generacional en la forma de maternar: antes se criaba "a punta de guasca", en cambio ahora sienten límites y tanto ellas como sus hijos conocen los derechos de la niñez.

CUIDADO DEL AMBIENTE

Respecto al cuidado del ambiente, si bien el contenido principal es de abstención, o no intervención, se identifican también acciones como estar pendientes, velar y proteger. La idea de protección implica un tránsito del acto de no intervenir a la necesidad de desplegar acciones tratándose de los incendios, tanto en su prevención como en el combate del fuego.

En los grupos focales también se entiende el cuidado del ambiente como parte de un mismo fenómeno que es el cuidado de las personas y de la vida. En los hombres, sin embargo, esto se ve desde lo productivo, lo utilitario, evitar pérdida de animales, conservar el monte y el cuidado ligado a la producción agrícola, a tiempo de señalar que esta dimensión del cuidado se hizo más visible con las sequías y los incendios. No es casual que para los varones la noción de cuidado se asemeje más a la de cuidado ampliado, incluyendo el trabajo remunerado que realizan, sea cual fuere. Se verifica así que esta visión ampliada contribuye a difuminar lo sustancial del cuidado: generar bienestar y atender a las personas que lo requieren cotidianamente. Es importante por ello identificar con

claridad lo que no es cuidado (como el trabajo de proveedor o de agricultura familiar en el chaco). En las comunidades visitadas, el cuidado se extiende más allá del ámbito familiar, incluyendo la atención al entorno y al ambiente. Las prácticas de cuidado ambiental se vinculan con proteger la tierra, los animales y los recursos naturales, considerando que la salud de la comunidad depende de un entorno cuidado. En este sentido se expresaba Luz, de la comunidad Candelaria: "Cuidar la tierra es cuidar de todos, porque si se quema o se daña, nos afecta a todos".

ALGUNOS IMAGINARIOS SOBRE EL CUIDADO

En el diálogo con las mujeres chiquitanas y en los grupos focales con varones se pudieron identificar algunos imaginarios en torno al cuidado. Uno de ellos, importante y expresado claramente por todas, es que el cuidado es un trabajo y supone sacrificio:

- Cuidar es estar ahí, sin descansar, viendo por los demás antes que por uno mismo. Es un trabajo constante, agotador y no remunerado, que exige paciencia, dedicación y organización desde el amanecer hasta el anochecer (Mariana, comunidad Candelaria).

Los relatos dan cuenta de las ideas de obligación y deuda como base del sistema moral, pero se trata de una obligación mal repartida. Es un trabajo femenino porque así nos enseñaron o porque nacemos con eso:

- Una ya nace con eso de cuidar, porque así nos enseñaron (Luz, comunidad Candelaria).
- Así me enseñaron a mí desde chica, que la mujer tiene que cuidar a los suyos (Nati, comunidad Río Blanco).
- No hay un momento que una diga "ya no voy a cuidar". Eso no se puede, porque cuidar es parte de la vida de uno (Juana, comunidad San Juancito).

Otro imaginario presente es que las mujeres cuidan mejor, porque están en casa y porque tienen con mayor frecuencia virtudes como paciencia, constancia y dedicación:

- Una como mujer tiene más paciencia. Yo viendo, el hombre es diferente, una es más pacienciosa y un varón es raro que sea bien amoroso con los hijos y más que todo que el varón ni tiene tiempo porque sale a trabajar (Berta, comunidad San Juancito).
- De su vientre de una nace ese amor, es cariño, respeto hacia sus hijos (Sara, comunidad Río Blanco).

- La mamá cuida mejor porque ella se queda en la casa, está pendiente de los hijos, los baña, les da comida, los ayuda. El papá va al chaco, trabaja para darles de comer, pero no está siempre con ellos (Ana, comunidad Candelaria).

Además, las mujeres consideran que son mejores cuidadoras porque ellas no confían en otras personas, sobre todo ante los riesgos de violencia sexual.

EL AUTOCUIDADO

¿Qué es el autocuidado? ¿Qué significa cuidarse una o uno mismo? ¿Cómo se practica? En general, el autocuidado se percibe como un espacio necesario pero limitado dentro de la rutina diaria de quienes cuidan. Se manifiesta en acciones sencillas como descansar, atender la propia salud o dedicarse breves momentos de esparcimiento, aunque se prioriza et bienestar de los demás por encima del propio.

Las mujeres chiquitanas entrevistadas asocian la idea de autocuidado a prácticas como levantarse más tarde los domingos (lo que quiere decir a las 8 a. m.), ir a misa, juntarse con amigas eventualmente, realizar algunos paseos, ir al pueblo. En un par de casos se mencionan prácticas deportivas.

Otros testimonios refieren actividades remuneradas en calidad de autocuidado cuando estas actividades reportan placer o relajación. Es el caso de las artesanas ensartando o perforando semillas, hilando algodón o bordando para vender. También se presentan prácticas que las entrevistadas consideran autocuidado en medio de la cotidianeidad y del trabajo:

- A veces hablo con mis amigas, nos sentamos a charlar un rato, eso me gusta. También cuando puedo me voy al río un rato a lavar ropa o a caminar, me hace sentir tranquila. Sí, eso es cuidarse un poco a uno mismo (Ana, comunidad Candelaria).

Asimismo, se aprecia que la satisfacción de las propias necesidades aparece como condición para seguir cuidando:

- Hay que dedicarse un tiempo para uno, aunque sea poco, para poder seguir cuidando a los demás (Luz, comunidad Candelaria).

La atención de la salud figura como autocuidado en las comunidades de Candelaria y Río Blanco, donde hay presencia del municipio o con brigadas o con centro de salud, y en Candelaria además una campaña anual de prevención del cáncer de mamá y cérvico-uterino.

En Río Blanco, donde se aprecia la influencia prolongada de varias ONG con un sentido más emancipador, los testimonios son distintos. En palabras de Sara, de la comunidad Río Blanco: "cuidarse uno mismo primero, cuidar a su familia, cuidar a los demás". Se reconoce la importancia de cuidarse a sí mismas dedicando tiempo a actividades que les dan bienestar, como visitar a su familia, conversar con amigas, participar en talleres o descansar.

Por último, hay un testimonio llamativo en San Juancito, donde una entrevistada relata que lo que más le relaja es estar con los infantes y que por eso para ella su trabajo es autocuidado, porque trabaja en el nivel inicial de la unidad educativa:

- El autocuidado para mi es cuidando los niños del colegio. Yo en este año entré con los niños de kinder, ahí hacemos actividades, eso a una le relaja. Son 14 niños que tengo ahora. Una alegría trabajar con los niños, es bien bonito (Iris, comunidad San Juancito).

Más allá de la diversidad de percepciones respecto al autocuidado, la constante es que no hay tiempo ni espacios propios para tal finalidad y que lo usual es que las mujeres dejan de lado lo suyo para atender a los demás. Esta apreciación o postergación del autocuidado tiene que ver con que el cuidado en el fondo es para las mujeres un don, algo que entregan gratuitamente; por tanto, no es algo que procuren para sí mismas con frecuencia. Si a la categoría de don se añaden los mandatos de la maternidad y el imaginario de sacrificio que los acompañan, se comprende claramente que no haya mucho lugar para el autocuidado.

EL PESO Y LA REALIZACIÓN DE LA MATERNIDAD

La maternidad es aludida reiteradamente como responsabilidad, sacrificio y sufrimiento, pero también como realización personaty alegrías. Con mayor intensidad que tratándose del cuidado en general, la maternidad se presenta como un terreno de contradicciones. Para la mayoría de las entrevistadas se trata de un destino, algo consustancial a la feminidad; en menor medida, se piensa la maternidad como una elección.

Se constata también la diferencia entre las maternidades deseadas, en las cuales se habla de emoción, aprendizaje, alegrías; y aquellas que, sin ser necesariamente no deseadas, llegaron "porque tocaba", donde se aprecia más el peso del sacrificio. También hay maternidades fruto de la violencia y casos de maternidades muy tempranas (14 y 15 años). Algunos testimonios ilustran estos significados, en especial el de la maternidad como destino, incluido el factor religioso:

- La maternidad es lo más bello. No es obligatorio ser madre, depende, solo diosito sabe. (¿Y si una mujer no quisiera ser mamá?) Puede adoptar (¿Y si no quisiera adoptar?] Ajá, puede trabajar donde están los niños, ¿no ve? Y ya le pueden decir mamá a uno, ¿no ve? Porque los niños saben decir mamá, tía, así le dicen los niños, mi mami, mamá (Silvia, comunidad San Juancito, cuatro hijos de entre 3 y 20 años).
- Tengo que ser madre, por algo Dios me puso una mujer, para ser madre, como la virgencita tuvo un hijo igual (Fernanda, comunidad Candelaria, mamá a los 14 años y con 12 hijos, de los cuales dos murieron).
- Una mujer sin hijos no está completa, porque ser madre es lo que nos toca (Luz, comunidad Río Blanco, 55 años de edad y 10 hijos).

En estos testimonios se aprecia la maternidad como algo ineludible. Además, se entiende como una identidad que define su manera de cuidar y de relacionarse con los demás. En tanto que para quienes sostienen que la maternidad es una opción, la elección figura más en el cuándo ser madre que en el hecho en sí, es decir, algunas entrevistadas consideran que las mujeres deberían elegir cuándo ser madres, pero siempre vuelven a la ocurrencia de la maternidad en sus relatos. No obstante, hay respuestas excepcionales que consideran más consistentemente la maternidad como elección:

- Es bien (ser madre) porque una aprende a valorar las cosas, aprende a amar y querer a los hijos, a tener ese cariño y ese amor; y también a llevar el sufrimiento. Porque uno desea que sus hijos se superen más que uno, que tengan una profesión, no sufrir como uno en el solazo. Pero no es obligatorio que por ser mujer una sí o sí debe tener hijos o tener su pareja, no es obligación, ya depende de cada una (Berta, comunidad San Juancito, 38 años con 4 hijos de entre 6 y 22 años).

En la misma línea, otras mujeres sostienen que la maternidad es sobre todo responsabilidad y que cada una tiene el derecho de ser madre.

ROLES DE GÉNERO Y DISTRIBUCIÓN DEL CUIDADO

¿Quiénes cuidan? ¿Por qué "les corresponde" hacerlo? ¿Cómo se distribuye el cuidado por género? Más allá de las percepciones sobre el cuidado y temas como el autocuidado, el cuidado social y el cuidado ampliado, un tema fundamental es cómo se distribuye el trabajo de cuidado en las familias y en las comunidades, y cuál es el deber ser al respecto, es decir, lo que se considera adecuado y deseable.

A fin de explorar la distribución del cuidado y los roles de género, se reconstruyó con las mujeres entrevistadas sus trayectorias personales de cuidados, desde que eran niñas hasta la actualidad, y luego cómo se imaginan de receptoras de cuidado en un futuro de vejez, o en el caso de las adultas mayores si ya están siendo cuidadas o siguen siendo cuidadoras.

NIÑAS CUIDADORAS

Un dato revelador en las entrevistas con las mujeres de la Chiquitanía es que la mayoría tiene memoria no tanto de haber sido cuidadas en su infancia, sino de haber sido cuidadoras desde niñas. Varias empezaron a cuidar a sus hermanos menores, primos o sobrinos cuando tenían siete a nueve años. En dos casos se trató de cuidado remunerado, a los 13 y 14 años, en casas de familias empleadoras fuera de la comunidad.

En el caso del cuidado no remunerado que realizaban las entrevistadas siendo niñas, eran responsables de otros niños, incluso bebés recién nacidos y de meses, y se quedaban solas con ellos en la casa hasta el regreso de la madre. Esta realidad se reitera sin diferencias en el recuerdo de las mujeres en las tres comunidades abordadas. Sus historias de vida muestran esta tradición de cuidadoras en las diferentes etapas de sus vidas:

- Uuucha, no quería cuidar, quería jugar nomás. Pero ahí los cuidaba yo, hasta que lleguen ellos de lavar, del chaco. No sería lo justo que niños se cuiden así, porque no tienen experiencia, ¿pues no? A veces pasan cosas, accidentes (Nidia, comunidad Candelaria, que ahora cuida a sus hijos y está pendiente de sus padres y de su tía con discapacidad).
- Desde que era changuita yo los cuidaba, les daba de comer, los bañaba. Después ya tuve a mis hijos y seguí cuidando, y ahora a mis nietos también. Toda la vida he cuidado (Ana, comunidad Candelaria).

- Cuando tenía nueve años, cuidaba a mi hermana recién nacida. Aprendí todo lo que hace una madre, aprendí a lavar, a cocinar. Mi mamá me dejaba solita en la casa, ella tenía que ir al chaco, tenía que tostar maíz para hacer chicha (Sara, comunidad Río Blanco).

DISTRIBUCIÓN DEL CUIDADO

En las tres comunidades visitadas, el cuidado de la niñez y de las personas adultas mayores y enfermas se realiza principalmente entre mujeres al interior de las familias. No se identificaron modalidades de cuidado comunitario, ni en el presente ni en el pasado relatado, aunque es clara la ayuda entre vecinas, sobre todo ante casos de enfermedad o necesidad de alguna persona anciana, pero no como una forma organizada, permanente o cotidiana de prestación de cuidado, ni en un espacio común.

- En la comunidad, las mamás cuidan a los niños, las abuelas también ayudan mucho. Y los viejitos los cuidan los hijos y también los vecinos cuando pueden. Si alguien está enfermo, todos vamos a ayudar (Mariana, comunidad Candelaria)

- Mayormente las mujeres nos encargamos, aunque los hombres a veces colaboran (Lisa, comunidad Río Blanco).

- Al estar las casas todas juntitas nos cuidamos entre todas. Cuando uno sale le pide a la vecina, en mi caso a mi prima, que le dé una miradita a los chicos que se están quedando solos, y ella dice: no hay problema, yo los miro (Josefa, comunidad San Juancito).

- Más que todo, cada uno cuida a su hijo en su casa. A los ancianitos y enfermos, uno les da comida, les lleva medicina, pero si no hay mejoría, tienen que ir al pueblo (Nati, comunidad Río Blanco).

Al interior de las familias, son las mujeres quienes cuidan. Como vimos, lo hacen desde niñas. Pero se van produciendo pequeños cambios. Algunas entrevistadas relatan ser apoyadas en el trabajo doméstico por las hijas y la madre, y también en ocasiones por el marido, cuando está en casa.

Cuando hablamos de cuidado, un tema clave es "estar en la casa", puesto que los varones pasan gran parte del día en el chaco, o trabajando como asalariados en las propiedades ganaderas vecinas o en el sector forestal. El "estar fuera" es una razón objetiva de justificación para los varones. Pero cuenta menos cuando las mujeres

trabajan en el mismo chaco y, aun así, antes y después de esta actividad, realizan labores de cuidado directo e indirecto. Es también frecuente la ausencia masculina debido a que trabajan en el pueblo o en alguna estancia y vuelven a la comunidad los fines de semana o una vez cada quince días, en tales circunstancias es difícil pedir participación en el cuidado.

Pueden destacarse también un par de casos con prácticas de cuidado más equitativo:

- En la casa colaboramos todos, mis hijas, mi esposo y yo. Todos tenemos que sacar tiempo para hacer las cosas de la casa, aunque mi esposo siempre está en el campo y llega cansado (María, comunidad San Juancito).
- Solita les he criado yo (a los 10 hijos) con mi leche nomás. Pero él era bien, era pendiente de mí, todo me ayudaba, cocinaba cuando yo estaba recién desembarazada, él me hacía la chicha, él lo hacía los remedios caseros y me daba que tomar unas raíces... Él iba conmigo a lavar ropa, a tender, las peinaba a sus hijas, las cimbaba. Eso es lo que él tiene, no me deja sola (Fernanda, comunidad Candelaria).
- Las hijas mujeres cuidan a sus padres y las madres a sus hijos, pero ahora ya se está viendo que los hombres cuiden porque ya hay equidad de género, antes no había eso. El que llegaba del chaco era a ver si estaba lista la comida y listo, ahora ya no, el hombre ayuda a cocinar, a lavar, a cuidar a los chicos (Joaquina, comunidad Río Blanco).

En Río Blanco aparece un discurso más elaborado sobre la responsabilidad de los varones en el cuidado, lo que se atribuye al trabajo sostenido de varias ONG en el territorio; y es consistente con el hecho de que es el único caso donde las mujeres han reclamado colectivamente por cambiar la situación y que alguien más se encargue del cuidado para que ellas puedan asistir a distintos talleres.

En los grupos focales, los hombres coinciden en que las mujeres cuidan principalmente, pero justifican esta carga como "trabajo de mujer" o ligado a su presencia en casa. Aquí también se perciben esas nociones de que las mujeres cuidan por obligación y los varones como reciprocidad.

LA DIFICULTAD DE IMAGINAR UN FUTURO SIENDO CUIDADAS

Cuando se pregunta sobre el cuidado en la vejez, una buena parte de las entrevistadas dice no haber pensado en el tema, pero esperan y desean ser cuidadas por sus hijos o en especial por sus hijas mujeres (en un par

de casos mencionan la posibilidad de ser maltratadas por las nueras). Se aprecia cómo, cuando se trata de ser receptora de cuidados y se menciona hijos, hay un componente de reciprocidad.

- Yo creo que me van a cuidar mis hijas, así dice mi papá, de la experiencia, dice así (Silvia, comunidad San Juancito).

- Cuando ya esté vieja, quisiera que mis hijos me cuiden, así como yo los cuidé a ellos. Que no me dejen sola, que me acompañen, que me den mi comida y me hablen (Mariana, comunidad Candelaria).

Las seis entrevistadas que ya son adultas mayores, en la mitad de los casos (tienen 62, 71 y 73 años) son autovalentes y no están recibiendo cuidados: de hecho, ellas cuidan nietos y en un caso hace trabajo doméstico para su hijo varón adulto. Las otras entrevistadas (74, 75 y 79 años) reciben cuidados, pero no de manera permanente, puesto que no viven con los hijos o hijas sino con otros adultos mayores (hermana, marido); de manera que son visitadas de manera casi cotidiana en dos casos y en el otro los fines de semana, pues sus hijos no viven en la comunidad.

EL DEBER SER Y LA SATISFACCIÓN DE CUIDAR

¿Quiénes deberían hacerse cargo del cuidado? ¿Debería ser un trabajo compartido? ¿Los hombres también deben cuidar? La premisa, como hemos visto, es que el cuidado es una obligación no escrita para las mujeres y, al mismo tiempo, es sinónimo de feminidad. Se trata de principios rectores de un sistema moral que, por tanto, no solo cuesta desmontar, sino incluso es difícil de cuestionar o decir en voz alta.

Igualmente, en los grupos focales, y a pesar de que se trata de mujeres jóvenes, hay un fuerte reconocimiento de que las tareas de cuidado se consideran parte del rol femenino, y la creencia de que las mujeres cuidan mejor. Los varones, a tiempo de reconocer que ellas cuidan más, dicen que lo hacen mejor "por instinto".

En ese contexto, en las tres comunidades visitadas, aunque con mayor claridad en Río Blanco, las entrevistadas consideran que los hombres deberían asumir una mayor responsabilidad en los cuidados. De todas formas, pareciera que, existiendo el deseo de una mejor distribución del cuidado, cuesta a las mujeres desprenderse del sentimiento de la responsabilidad principal:

- Los hombres deberían ayudar más, porque todos viven en la casa y el cuidado es de todos (Luz, comunidad Candelaria).

- Sí, a veces algunas mujeres comentan o sienten que es mucho trabajo y que se hace pesado, pero casi no lo dicen en voz alta. Más que nada se habla entre nosotras (Lisa, comunidad Río Blanco).

- No hay un momento que una diga: ya no voy a cuidar, eso no se puede, porque cuidar ya es parte de la vida de uno (Juana, comunidad San Juancito).

También en los tres casos se plantea la conveniencia de alguna modalidad de cuidado fuera de la familia, sobre todo para las personas mayores, debido a que muchas de ellas tienen hijos fuera de las comunidades. En palabras de Silvia, de la comunidad San Juancito: "deberían poner un centro para los mayores, porque los hijos los olvidan a los padres.

Este deber ser (necesidad, demanda o sentido de justicia) de compartir el cuidado choca con la desconfianza cuando se trata de la niñez, es decir, las mujeres no confían en nadie para entregar el cuidado de sus hijos e hijas. Esta desconfianza (que algunos estudios denominan "mandato de maternidad omnipresente"] tiene efectos. Por ejemplo, el nivel inicial en la unidad educativa de San Juancito funciona solo dos horas al día, porque la comunidad y sus autoridades decidieron que era más conveniente para los infantes no estar tanto tiempo lejos de sus madres.

La desconfianza para compartir el cuidado también se verifica tratándose de niños y sobre todo de niñas más grandes, y no solo en la primera infancia que es lo más usual, frente a riesgos de abuso sexual. Esto ocurre particularmente en San Juancito, donde no hay presencia del Estado, que se materializa sobre todo mediante los gobiernos municipales y en este caso está ausente, lo que también incide en la dificultad de imaginar formas de apoyo.

En Río Blanco no hay nivel inicial en la unidad educativa, y se menciona que sería necesario este nivel o alguna modalidad de cuidado para las y los infantes. Ante la consulta por otras formas de cuidado para niños y niñas menores y concretamente en quién confiarían para este cuidado, se identifica a la Defensoría de la Niñez y la Adolescencia. Evidentemente, la prestación de servicios de cuidado no es una competencia de la Defensoría, pero es llamativo que la instancia genere confianza y tenga legitimidad.

Las diferencias entre comunidades respecto de la presencia del Estado en el territorio, y sobre todo la confianza que se tiene en el mismo, dan cuenta de la importancia de los gobiernos municipales en tanto la posibilidad más factible de tener cerca la reparación y protección de derechos.

IMPACTOS DE LOS INCENDIOS EN LOS CUIDADOS

¿Cuáles fueron los efectos de los incendios sobre el trabajo de cuidados en las tres comunidades de la Chiquitanía incluidas en el presente estudio? Los impactos fueron diferentes, considerando la gravedad de los incendios y el nivel de exposición a los mismos: en San Juancito no entró el fuego (pero hubo efectos), en Candelaria el fuego entró parcialmente y en Río Blanco la población tuvo que ser evacuada debido a los incendios. En ese sentido, los contenidos del trabajo de cuidados variaron también.

LOS INCENDIOS, SUS CAUSAS E IMPACTOS

¿Cuáles son las causas de los incendios? ¿Cómo se producen? ¿Quiénes son responsables? Las personas entrevistadas coinciden en que las causas de los incendios son varias, aunque hay quienes consideran que se debe prescindir del fuego, mientras otros sostienen que se lo puede seguir usando controladamente para la habilitación de tierras. Las causas tienen que ver con el desmonte, tanto para ampliación de la frontera agrícola como para otros fines; con los asentamientos de población migrante; con la falta de institucionalidad; y hasta con incendios provocados intencionalmente. Se trata en buena medida de causales amparadas legalmente.

- Hay que modificar las causas de los incendios que tienen que ver con modelo productivo y asentamientos. Con la abrogación de leyes incendiarias se cubriría el 70 % ce las quemas (Patricia Patiño, directora de APCOB).

Los factores mencionados son activados por distintos actores, incluso dentro de Territorios Comunitarios de Origen. La práctica de alquiler de tierras a los menonitas (que dejan una tierra degradada) y los avasallamientos operan en este sentido.

En general, se sostiene que la crisis económica, la falta de Estado, la corrupción, los asentamientos ilegales, los cowboys carbons y otros atropellos que experimenta el pueblo indígena chiquitano, como las invasiones de mineros, están presionándolos desde varios frentes para que abandonen su rol de protección del bosque.

- Y ahora ellos tienen como otra visión, porque nosotros estamos entrando con esto que el bosque hay que proteger, que hay que conservar y la comunidad nos dice sí, a nosotros nos dicen no toques el bosque, cuidá, protegé, pero viene el intercultural, viene el menona, el ganadero viene y quema. ¿Por qué ellos sí pueden y nosotros no? (Patricia Patiño, directora de APCOB).

- Es así que resulta poco probable que cambien las causas principales de los incendios. Desde nuestra experiencia en terreno, lo que hemos visto es que los incendios no se generan por causas naturales, casi siempre están vinculados al manejo del territorio y a políticas públicas que incentivan ciertas prácticas productivas (Graciela Zolezzi, Responsable Zona Pantanal Chaco, ORE).
- A eso se suma el cambio climático, que no depende solo de nosotros, pero sí se siente con más fuerza aquí: los periodos secos son más largos y las lluvias llegan tarde o en poca cantidad, y eso hace que todo esté más seco y más propenso a arder (Antonio Orellana, Técnico JUMA).

Los impactos de los incendios sobre los medios de vida son evidentes: afectación de la producción agrícola tanto por los incendios en sí como por la sequía que profundizan los mismos, que a su vez compromete la seguridad alimentaria, aumenta los gastos, disminuye los ingresos e induce la migración.

- Además, han afectado directamente a las áreas de aprovechamiento forestal, tanto las que estaban en uso como las que se mantenían como reserva o semillero para el futuro... Los impactos han sido muy grandes y se sienten sobre todo en las comunidades, porque son ellas las que viven directamente de lo que produce la tierra. Por ejemplo, las mujeres que trabajaban con el cusi, que era una de las principales fuentes de sustento, ya no pueden hacerlo, porque todo se perdió con los incendios del 2024 (Antonio Orellana, Técnico JUMA).
- Desde el 2019, con los incendios grandes, muchas comunidades de la Chiquitanía quedaron muy golpeadas. Los incendios destruyeron los cultivos, las pasturas y hasta los frutales que las familias tenían cerca de sus casas. Después, con la sequía, ya no había manera de recuperar rápido porque no había agua ni humedad en la tierra. En varios lugares la gente tuvo que dejar de sembrar maíz o yuca y depender más de la compra de alimentos, lo que aumentó sus gastos. También se afectó el agua: muchos ojos de agua se secaron y los animales empezaron a morir. Todo eso cambió la dinámica diaria, especialmente para las mujeres, y debilitó los medios de vida basados en la producción, el bosque y la ganadería (Marcelo Arandia, director de CIPCA).

Desde los actores locales igualmente se tiene clara la cadena causal:

- Al haberse perdido tantos bosques en la Chiquitanía, el clima ha cambiado mucho, y eso está haciendo que las sequías sean más fuertes y más seguidas.

> Los bosques y el agua son parte de un mismo ciclo: si no hay árboles, no hay humedad, no hay lluvias, y el suelo se seca más rápido (Alejandra Chambi, presidenta del Concejo Municipal de la Juventud Concepcioneña).

Casi todos los informantes han presenciado el impacto de los incendios y la sequía en el trabajo de cuidado que realizan las mujeres:

- Hemos visto claramente cómo los incendios y la sequía afectan más a las mujeres, porque son ellas las que realizan gran parte del trabajo no remunerado, como el cuidado de los hijos, la preparación de los alimentos y la transmisión de conocimientos sobre plantas, semillas y productos como el cusi (Alejandra Chambi).

La principal evidencia es que el uso de tiempo y el cuidado se vieron sustancialmente alterados, con diferencias de énfasis en las tres comunidades, determinadas por la evacuación en Río Blanco, la acentuación de la sequía durante y postincendio en Candelaria y el encierro en San Juancito. Además, después del incendio, se requiere tiempo para limpiar, reparar y recuperar lo perdido, dejando menos espacio para las actividades habituales y para el descanso.

Un efecto común en todos los casos fue el trabajo de atención en salud para la población de distintas edades, así como el cuidado de niños y niñas en el encierro, incluyendo asumir labores escolares en casa. En Candelaria, el impacto mayor fue la búsqueda de alimento y agua; en San Juancito, se ocuparon en evitar que el humo entre a las viviendas, colocando trapos que se mojaban varias veces al día; y en Río Blanco, el efecto más grande fue hacer el trabajo doméstico y de cuidado fuera del hogar, en condiciones de alojadas o allegadas.

En una interpretación general de las entrevistas, los grupos focales y los diarios de campo, puede apreciarse que las mujeres de las comunidades reconocen la relación entre cuidado y prevención de riesgos. Saben asimismo que los incendios y la contaminación del aire y el agua impactan directamente en la vida cotidiana y en las labores de cuidado directo e indirecto, que se incrementan para ellas. Los varones, en cambio, hablan más de las consecuencias en términos de sus labores productivas y menos de los impactos en el cuidado.

El hallazgo más relevante es que si bien los incendios y la sequía implican más carga de trabajo para los hombres y para las mujeres de la comunidad, los roles de género y la distribución de responsabilidades económicas no se han transformado significativamente. Los hombres continúan trabajando fuera de casa, y participan en apagar el fuego o limpiar el monte, mientras que las mujeres mantienen las labores domésticas y de cuidado, aun cuando también participan como

bomberas. En el corto y mediano plazo, luego de los incendios, hay ajustes que en muchos casos han incrementado las responsabilidades de generación de ingresos de las mujeres, que asumen también el rol de proveedoras sin dejar de ser cuidadoras (en gran medida, ya eran proveedoras antes, aun cuando el proveedor principal suele ser el varón, sin llegar a ser cuidador).

EL CUIDADO DIRECTO

El cuidado directo durante y después de los incendios tiene que ver en especial con la atención ampliada de la salud, el apoyo con las clases virtuales y el cuidado infantil en general.

En las tres comunidades prácticamente toda la población padeció conjuntivitis, que fue curada con remedios naturales por las mujeres en San Juancito, o por el personal municipal de salud en Candelaria y Río Blanco en un primer momento y luego por las mujeres en sus hogares. Además, hubo muchos casos de enfermedades respiratorias, dermatitis y gastroenteritis. Se reportaron incluso casos de estrés postraumático.

Por otra parte, los incendios interrumpieron la educación de niñas, niños y jóvenes, al dificultar la asistencia a clases y afectar la concentración por el calor y el humo. Esta situación incrementó las responsabilidades de cuidado en el hogar, pues se debe atender a los hijos y ayudarlos en sus tareas mientras permanecen en casa, sumando más trabajo cotidiano. Con el agravante de las limitaciones de conectividad, que dificultan el acceso y no permiten clases sincrónicas (durante la emergencia, las profesoras mandaban tareas por WhatsApp o hacían un recorrido por la comunidad repartiendo las tareas).

El cuidado infantil, a su vez, fue especialmente demandante por el encierro, tanto por el apoyo escolar requerido como por mantener a los niños en espacios pequeños.

- Hay que cuidar que los niños no se acerquen al fuego ni a los lugares quemados (Germana, comunidad San Juancito).
- Se suspendieron las clases porque caía ceniza del cielo y no se podía ver nada. A mis nietitos les colocaba el paño mojado con agua si salían, pero yo no los dejaba afuera todo el tiempo (Josefa, comunidad San Juancito).

El cuidado abarcó también la prevención ante el peligro y la enfermedad, las acciones pertinentes en caso de que ocurran y el apoyo con la educación ante la suspensión de clases.

- Con el humo éramos todos tristes, se suspendían las clases. Hubo atraso con el estudio, no todos tenían crédito, al final cuesta pues eso, y a veces uno solo tiene pa' comprarse 10 pesos y es para ellos. A veces les dejaban harta tarea y al otro día el profe venía a revisar y sino por teléfono vuelta les mandaba, así era. Pero para mí eso no es factible, no es igual, no es lo justo (Nidia, comunidad Candelaria).

En el caso de Río Blanco, el cuidado infantil se modificó para las familias que fueran evacuadas, así como para las que se quedaron.

EL CUIDADO INDIRECTO

Además del incremento del trabajo directo de cuidado, los incendios implican una mayor carga de tiempo y energía en el cuidado indirecto. Así, el cuidado de la familia se amplía a la protección del entorno y el cuidado del territorio. Y se produce un cambio sustantivo: el cuidado del ambiente, concebido en principio como no intervención, se transforma en la necesidad de defensa y protección, que involucra acciones, un hacer.

Así, en las comunidades afectadas por los incendios (Candelaria y Río Blanco), las labores de cuidado indirecto se ampliaron notablemente a fin de mitigar los daños. Incluso en la comunidad San Juancito, donde los incendios llegaron a la orilla sin entrar, las responsabilidades de cuidado se volvieron más exigentes, incorporando la protección del agua, el chaco y el manejo de basura, así como la prevención de quemas en el hogar.

- Sí, a cuidar el agua, a cuidar el chaco de no quemarlo, a no quemar basura en la casa, ahora le damos más cuidado a todo eso (María, comunidad San Juancito).

Otra labor del cuidado indirecto que se acrecienta en todos los casos es la búsqueda de leña, puesto que luego de los incendios hay que caminar más para encontrarla:

- Después de los incendios, ya la gente busca madera de lo que hay nomás, para buscar su leña ya no escoge. Antes decíamos este Curupaú me lo llevo porque dura más o más llamea, ahora cualquier palito sirve. Antes la situación era otra, las señoras nomás era cuidar a los niños, pero ahora el trabajo es más duro (Debora, comunidad San Juancito).

- Sí, todo cambia, el ambiente, no se puede salir por el humo y el calor, si uno va a la leña tiene que ir más lejos y es más peligroso (María, comunidad San Juancito).

- La escasez de agua, alimentos y leña aumenta las tareas de cuidado diario: todo se hizo más pesado, más trabajo para nosotras, y más preocupación también (Ana, comunidad Candelaria).

En el contexto de incendios, las mujeres, principalmente, deben administrar mejor lo poco que hay, asegurando que todos coman y que los hijos y nietos estén atendidos, mientras realizan labores adicionales como conseguir agua, cuidar animales o reorganizar las actividades domésticas

- Ha habido un gran impacto: muchos cultivos y recursos se han perdido, lo que afecta directamente el cuidado en la familia. Debemos administrar mejor lo que tenemos, asegurar que todos coman y que tengamos para después, a organizarnos con más atención (Josefa, comunidad San Juancito).

Por último, durante los incendios se incrementan tareas comunitarias temporales, como preparar comida para los bomberos, aunque después se retoma la vida familiar habitual. Como recuerda Joaquina, de Río Blanco: “ayudaba a dar de comer a la gente que apagaba el fuego, comunarios y gente de afuera, de la alcaldía, la universidad, los soldaditos”.

IMPACTOS DE LA SEQUÍA EN LOS CUIDADOS

¿Cómo afecta una sequía prolongada en el trabajo de cuidados en una comunidad? ¿De qué modo impactaron las sequías en las comunidades chiquitanas? ¿Se modificaron las prácticas de cuidado?

El estudio de los efectos de la crisis climática en la Chiquitanía muestra que la sequía prolongada impacta fundamentalmente en el cuidado indirecto: 1) el acarreo de agua, que se torna más difícil; 2) la mala calidad del agua, que significa trabajo adicional; y, 3) la escasez de leche (debido a que el ganado no se hidrata lo suficiente), que supone más gastos y reorganización de tareas.

- Ahora se debe estar pendiente de todo, del agua, de la comida, de que no se queme la casa, antes no era así (Luz, comunidad Candelaria).
- Con la sequía hay que caminar más lejos para traer agua, a veces no hay leña cerca, y para la comida también cuesta más porque las cosechas se pierden. Entonces pasamos más tiempo cuidando la casa, cocinando, llevando agua, y a veces los niños o los viejos se enferman y hay que estar pendiente todo el día y ahorrando agua lo más posible (Ana, comunidad Candelaria).

Estas situaciones generan un esfuerzo adicional de trabajo y la reorganización diaria de las tareas, mostrando cómo el cuidado se transforma ante condiciones adversas.

El agua no solo escasea, sino que está contaminada, como ocurrió en Candelaria y Río Blanco. En el primer caso se reportaron infecciones intestinales por este motivo, en tanto que en el segundo caso persiste un problema más grave de contaminación por efecto de los químicos usados en la minería. Por otra parte, la obtención de la leche se hizo más difícil en las tres comunidades, pero sobre todo en Candelaria, puesto que con la sequía las vacas no daban leche.

En San Juancito, la represa fue clave para que no haya problemas de agua en las tareas de cuidado, pero la población recuerda que en los incendios de 2019 casi se secó la represa. Ahora tienen pozos y agua a domicilio.

En cambio, en las comunidades donde no hay acceso al agua, la sequía multiplica el trabajo. Hacer la comida, el lavado y otras labores del hogar deben adaptarse a la nueva realidad. Algunas mujeres de Candelaria reportaron dolores de espalda por el acarreo de agua.

- Teníamos que hervir el agua y eso era más trabajo porque teníamos que ir a traer leña. Peor a los bebecitos para bañarlos, esa agua era sucia y la mayoría se enfermaba por el agua (Elvira, comunidad Candelaria).

Además, como vimos, el cuidado se entiende también como protección del entorno natural, vinculando la preservación de recursos con la vida cotidiana:

- Si el río se seca, tenemos más trabajo para conseguir agua, y cuidar el monte también es cuidar a los hijos" (Leny, comunidad Candelaria).

En síntesis, con la sequía las mujeres asumen más labores de cuidado y los hombres están más tiempo fuera de la comunidad que antes. El chaco, si bien siempre fue tarea de ambos, ahora lo hacen las mujeres solas, y cuando están los varones participan sobre todo con la limpieza de barbechos. Algunas mujeres también han tenido que salir de la comunidad, cuando antes no lo hacían, a cocinar en las estancias vecinas.

EL RELATO DE "LAS MAYORAS" Y LA MEMORIA HISTÓRICA

¿Qué narran las mujeres mayores sobre los cuidados y la crisis climática? ¿Qué recuerdan? La memoria histórica de las ancianas entrevistadas sobre los eventos de incendios y sequías establece un claro contraste entre las dinámicas de manejo del territorio en el pasado y la nueva realidad de crisis climática.

Las entrevistadas de más edad recuerdan una época donde el fuego era una herramienta controlable en las labores agrícolas y el riesgo de propagación no era comparable a los eventos de los últimos años. Esto ha generado un profundo temor y la sensación de pérdida de control: Chaqueaban pues con hacha, lo rozaba, no había motosierra, con fuego, pero lo hace así, lo limpia pues, lo hace callejón a la orilla de su chaco, para que no vaya al monte. Bueno ahorita pues lo hace uno, pero no lo respeta pues, ahorita ya no es tan seguro como antes (Bertha, comunidad San Juancito).

Además, hay coincidencia en que los incendios son un fenómeno crítico de los últimos veinte años:

No recuerdo que antes de 2006 hubiera incendios. Antes no había ese temor, se hacía chaco y era seguro. Ahora el viento y el monte seco hacen que el fuego se vaya por donde sea, no respeta los callejones que se hacían (Fernanda, comunidad Candelaria).

La sequía, en cambio, figura en la memoria de las mujeres de San Juancito. Las entrevistadas de más edad, "las mayoras" como dicen ellas, relatan una sequía anterior grave, no saben exactamente en qué año, pero aproximadamente 60 años atrás, al igual que otras entrevistadas de menor edad refieren que contaban sus padres. Así, una de ellas cuenta sobre la intensidad de trabajo y gasto de tiempo en acarreo de agua cuando era joven:

- Raspamos las piedras con la tutuma pa´ sacar agua, igual al río lejos íbamos. Así como ahora era antes la seca (Juana, comunidad San Juancito).

En Candelaria, en cambio, que es la comunidad más afectada por la sequía en la actualidad, no hay recuerdos de sequías anteriores a esta última década. Pero surge una memoria de nostalgia porque antes la situación era mejor.

- Antes había más agua, ahora es un poco raro ya que haya agua, pero lo que fatiga es el calor. Antes el chaco era bonito, planito; ahora ya no es. Ya no hay monte, puro barbecho es (Candela, comunidad Candelaria).

IMPACTOS EN LOS MEDIOS DE VIDA

¿Qué son los medios de vida en las comunidades? ¿Cuáles son los más importantes en la Chiquitanía? El estudio realizado muestra que los medios de vida en Candelaria, San Juancito y Río Blanco, con mercados laborales fuertemente segmentados por género, son los siguientes.

- *Para los hombres:* La agricultura en los chacos; la ganadería, que es propiedad de cada familia, pero se suele trabajar en conjunto; empleos como asalariados en haciendas ganaderas vecinas, trabajo de jornaleros en propiedades vecinas o en el sector maderero, otros empleos para varones en centros poblados.
- *Para las mujeres:* la venta de comida preparada, empleos en la confección y la venta de artesanías. En Río Blanco se suma la producción forestal maderable y no maderable, está última con derivados de valor agregado (jabón, champú, cremas).

El impacto más fuerte de los incendios se produce sobre la agricultura: con los chacos quemados, se tiene que comprar lo que antes se producía, se pierde un bien y se genera un gasto. Además, ante la ausencia de chaco y la disminución de trabajo en las zonas aledañas, también por los incendios, los varones tienen que ir más lejos a encontrar empleo.

Hay otros efectos no esperados pero interesantes. Tanto los incendios como la sequía, en un contexto de crisis económica, han motivado que haya más trueque de lo habitual. También la producción agrícola propia se vuelve más relevante ante la crisis. Las comunidades tienen esto muy claro e incluso quienes no tenían chaco antes lo están iniciando.

Sin embargo, todo esto ha significado más trabajo para las mujeres, pues ante la ausencia de varones, no tienen con quién compartir el trabajo agrícola o de otro tipo al interior de sus familias nucleares o extensas. Esto ha llevado a recurrir a la colaboración entre mujeres que se ayudan entre sí para labores puntuales; no es una modalidad de trabajo comunitario establecida, pero ante la necesidad de varias manos se ayudan entre parientas o vecinas. También hay casos excepcionales en que se ha contratado ayuda pagada de otras mujeres para labores puntuales (limpieza de chacos, sobre todo).

Además, como fue señalado, la labor de las mujeres en los chacos se invisibiliza o es considerada solo "ayuda", incluso por ellas mismas, aun cuando su trabajo es fundamental para la seguridad alimentaria y a pesar de ser las principales responsables. Cabe también señalar que el trabajo en el chaco aparece en las entrevistas como un trabajo pesado, pero que se hace con gusto, al aire libre, lejos de la casa y como algo ajeno a la domesticidad.

EL TRABAJO REMUNERADO DE LAS MUJERES

Además de la amplia labor de cuidado directo e indirecto, las mujeres en la Chiquitanía realizan, en doble jornada, trabajos remunerados que generan ingresos para sus familias. Opera aquí una doble invisibilidad: a la propia del trabajo de cuidados no remunerado, se suma la invisibilidad del trabajo pagado de las mujeres (incluso ellas mismas no lo tienen presente).

De las 30 mujeres entrevistas en las tres comunidades, el 80 por ciento (24 mujeres) trabajan o trabajaron (las adultas mayores) en sus chacos. Se trata de una actividad clave para la seguridad alimentaria y que genera ingresos para las familias. Esta ocupación se suele combinar con otras actividades que proveen ingresos, como preparar comida para vender en las mismas comunidades (en el colegio, eventos u otros), en el pueblo o en propiedades cercanas; o darle algún valor agregado a su producción agrícola (yuca pelada y congelada, chicha).

La artesanía es otra actividad remunerada en las tres comunidades. Las artesanas son casi todas "mayoras", las de más edad. En el caso de Río Blanco se suma la elaboración de cosmética (jabones, pomadas, champú, cremas) en base a producción forestal no maderable.

Estos tres grupos de actividades: a) chaco para consumo y venta, b) cocina y c) artesanías, engloban a la gran mayoría. Además, se está iniciando la piscicultura en San Juancito, con varias mujeres participantes; y hay algunas que excepcionalmente tienen empleo en los colegios.

Es sugestivo que ante la pregunta de si ganan dinero de alguna forma o si tienen un trabajo pagado, muchas responden que no. Pero cuando se reconstruye su labor cotidiana, se aprecian las distintas actividades remuneradas que hacen. Un ejemplo de ello es Nidia, de la comunidad Candelaria, que hace y vende asaditos, refresco y empanadas de lunes a viernes en el colegio. Si bien inicialmente no sabía cuánto ganaba, haciendo la reconstrucción y el cálculo se estima que gana casi lo mismo que su marido (cerca de Bs 2.500 al mes), a quien al inicio de la entrevista había declarado como único proveedor del hogar.

¿En qué se utilizan los ingresos del trabajo remunerado de las mujeres? En todos los casos se destinan a las necesidades básicas del hogar. Los usos más reiterados son la compra de material escolar de hijos o nietos, remedios y alimentación. Además, en el caso de San Juancito, se refiere el pago de la mensualidad del colegio, pues a pesar de ser una unidad educativa fiscal, se cubre la remuneración del profesorado que no recibe salario del Estado (falta de ítems). En menor medida, el dinero se destina a la compra de semillas y otros insumos.

Cabe destacar por otra parte la ayuda entre mujeres en el trabajo remunerado, al igual que sucede con el trabajo no remunerado:

- Como estamos en los proyectos, ya nos vamos a trabajar así en conjunto las mujeres. Le ayudamos a la una a limpiar su chaco. Yo por ejemplo me estoy ocupando yo nomás de mi chaco, porque mi esposo no para. Para comer y para vender. En grupal a veces vamos a la pesca también con chipa, como los antiguos, como nuestros ancestros, para el consumo... Hay un grupo de señoras que participan de la feria ecológica, a vender van y un grupo de artesanas también, puras mayoras (Silvia, comunidad San Juancito).

También hay casos de absoluta dependencia económica, en especial de las adultas mayores y de una mujer entrevistada de 33 años: aun indagando detenidamente, no se identifican ingresos:

- Todo mi día se dedica a cuidar a mis hijos, preparar la comida, limpiar la casa, sacar agua y leña (Sofía, comunidad San Juancito).

SEMBRAR EL CHACO

Como hemos visto, los incendios y la sequía alteran significativamente los medios de vida de la comunidad, afectando cultivos y pasturas, lo que obliga a reorganizar el trabajo y buscar nuevas fuentes de alimentos y de ingresos. Una constatación relevante es que, en la percepción de las entrevistadas, es difícil separar los incendios y la sequía, pues ambos fenómenos se mezclan en las respuestas de las mujeres y de otros informantes claves de la comunidad.

En general, la sequía, en especial en el período posterior al incendio, y la escasez de recursos, hacen que el trabajo sea más arduo para sembrar:

- Cuesta más trabajo, sobre todo en el chaco, ya todo se seca y no da como antes, eso hace buscar más chacos, eso es limpiar y ver qué sembrar y que eso dé (María, comunidad San Juancito).

En San Juancito, los incendios recientes han tenido menor impacto directo que la sequía, pero dificultan la disponibilidad de semillas y reducen la productividad de los chacos.

- Antes uno podía sembrar con lo que tenía en casa, pero ahora las semillas se acaban y hay que salir a buscarlas lejos. Cuando los incendios dañan los cultivos, hay que ingeniárselas para conseguir comida, incluso preparar lo que queda de forma diferente (Germana, comunidad San Juancito).

En otras comunidades, además de la afectación del monte y de los chacos entre el fuego y la sequía que dejó luego, se quemaron semillas guardadas.

En general, el impacto en los ingresos y en la seguridad alimentaria fue notable, como también lo fue sobre la carga total de trabajo de las mujeres, tanto por el aumento de tareas y de intensidad de cuidado indirecto, como por la mayor dedicación a los chacos. Peor todavía, hay efectos en el trabajo remunerado. Nidia, por ejemplo, dejó de recibir el dinero de su venta de chicha, empanadas y asaditos porque el colegio, que es su punto de venta, estuvo cerrado casi tres semanas, y luego no tenía ni dinero ni insumos para seguir:

- El chaco es de diario, el arroz, el maíz, la yuca, si uno no chaquea no tiene y sí o sí va a tener que salir el marido a trabajar en las propiedades para que haya el pan de cada día (Nidia, comunidad Candelaria).

El marido de Fernanda también tuvo que salir de la comunidad para encontrar trabajo, quedándose casi un año en San Javier, pues después de los incendios, con la sequía, no había trabajo en las propiedades vecinas. Ella cuenta:

- Se entró el fuego al monte, mi chaco todo se quemó, parecían los marimonos esos plátanos... Todo por el suelo, era pa' pena, triste era que no tenía qué traer a la casa. Toda la gente no tenía. Todo eso chamuscau yo lo traía por lo menos pa' hacer una sopa era, y ese de un ladito yo lo sacaba para hacer sopa. La choza con todo el maíz se quemó (Fernanda, comunidad Candelaria).

En Río Blanco, donde fue más grave el incendio tanto en 2019 como en 2024, se quemaron los Copaibos y los Cusis, afectando la producción de champú. También se afectó la producción porcina directamente por los incendios. Y en Candelaria y San Juancito, el ganado vacuno se perdió debido a que no había pasto por la sequía y también se vio afectado por el humo.

En Río Blanco se observó que el acceso a alimentos frescos (como carne, verduras y frutas) es limitado por la distancia a los mercados y la escasez de agua para los cultivos. Además, en todos los casos hubo ganado vacuno muerto o enfermo.

A diferencia de los incendios, que no generan carga de trabajo adicional a mediano o largo plazo, la sequía tiene efectos duraderos, puesto que en comparación a 20 años atrás, la siembra dura menos, lo que implica más trabajo, pues hay que sembrar más seguido. Además, en los grupos focales se señala que en época seca aumenta la carga de trabajo agrícola, especialmente para las mujeres cuando los hombres migran temporalmente por trabajo.

MÁS GASTOS, MENOS INGRESOS

Otro efecto de los incendios y la sequía es la terrible convergencia de reducción de ingresos y aumento de gastos. En pocas palabras: hay que comprar lo que ya no se produce y no entrega el bosque, y paralelamente se dejan de percibir ingresos por distintas fuentes.

> Con las sequías también se pierde mucho. Las plantas no crecen, se seca el pasto para los animales y se muere parte del ganado. Entonces tenemos menos cosecha, menos comida y menos plata para comprar lo que falta (Ana, comunidad Candelaria).

¿Qué se deja de producir y es parte de la canasta básica? Las entrevistadas mencionan alimentos como el frijol, el maíz, el arroz, la yuca y el plátano. Incluso cuando hay cosecha, es menor por la sequía. Entonces hay que comprar estos productos. También se requiere comprar medicinas para reemplazar las que antes producían, porque no hay materia prima.

Es necesario asimismo comprar semillas, que se quemaron o desaparecieron. Y también comprar alimento balanceado para los animales, porque con la sequía no hay pasto y peor luego de los incendios. Y en algunas comunidades las mujeres tienen que comprar aceite de Cusi y de Copaibo para poder hacer sus aceites y otros derivados como champú y cumplir sus compromisos.

Pero no solo es necesario comprar más insumos y productos. También se deja de vender y, por tanto, se reducen los ingresos. Se deja de vender el excedente del chaco y las troncas que se quemaron. Y las mujeres dejan de vender comida preparada: patascas dominicales porque no hay venta, meriendas porque el colegio está cerrado, almuerzos en ferias porque no se realizan.

A todo ello hay que añadir los gastos requeridos para la reparación de viviendas y chacos que fueron alcanzados por el fuego.

SABERES QUE SE PIERDEN

La crisis climática, como fue señalado, provoca la pérdida de biodiversidad, de bosques, de recursos naturales, de alimentos. Pero hay otro daño profundo: el debilitamiento de los conocimientos y saberes ancestrales de las comunidades. Hay entonces un efecto en la diversidad e identidad cultural, así como en las prácticas locales de sostenibilidad.

Como vimos en este estudio sobre la Chiquitanía, varios factores asociados a los incendios y la seguía prolongada contribuyen, según los testimonios, al decaimiento de saberes y prácticas culturales, como el uso del bésiro, la producción de medicinas tradicionales y la práctica del hilado de algodón. También se debilitan formas y estructuras tradicionales de almacenamiento de semillas y productos agrícolas, como los cántaros con cenizas para evitar insectos y gorgojos; y los jasayés colgados en perchel.

Por último, las entrevistadas mencionan también que se pierde la minga, esto es, la tradición ancestral de trabajo compartido para el bien común, en especial para defender el territorio y mejorar la producción agrícola.

En síntesis, uno de los impactos más profundos (a veces menos visible) de la crisis climática y la reconfiguración del trabajo de cuidados en las comunidades chiquitanas es la erosión gradual de saberes ancestrales, prácticas culturales y formas comunitarias de relación con el territorio y la naturaleza. No se trata solamente de una pérdida ambiental: también implica una crisis de memoria cultural y continuidad intergeneracional (muchos conocimientos ancestrales están quedando restringidos a generaciones mayores y ya no son plenamente apropiados por jóvenes).

Muchos saberes indígenas son conocimientos situados: existen y tienen sentido en el territorio. Así, cuando los incendios destruyen el bosque seco chiquitano, desaparece también parte del entorno donde esos conocimientos se practican y transmiten.

VULNERABILIDAD SOCIOAMBIENTAL

En las estadías en campo se constató la configuración de un estado de fragilidad, necesidad y situación deficitaria en materia de derechos, una situación de vulnerabilidad socioambiental, es decir, resultante de un proceso histórico de exclusión y postergación política e institucional.

En efecto, si bien los pueblos indígenas de tierras bajas nunca fueron prioridad del Estado, los últimos 20 años en que se constatan los incendios, hay un pico histórico de pérdida de bosque primario, avasallamientos de tierras, falta de respuesta institucional y la profundización de un modelo productivo que tanto legal como ilegalmente ejerce una presión insostenible sobre los territorios indígenas.

Si bien en las comunidades abordadas existe el conocimiento ecológico local para realizar cultivos, ganadería y hasta explotación maderera de forma sostenible, la presión es intensa y de distintos frentes para dejar sus prácticas e incluso migrar del territorio. Entonces, a pesar de que el

pueblo chiquitano tiene una cosmovisión de eco dependencia e interdependencia (aunque no usen esas palabras) y hay un convencimiento absoluto de que lo correcto es el cuidado de la naturaleza, del bosque y no su dominio, hay pocas posibilidades de que esta labor de guardianes del bosque continúe de persistir los atropellos de que son objeto e incluso de persistir esta especie de competencia desleal: que a los agricultores, interculturales, madereros, menonitas, mineros no se les exige adecuadamente o se toleran prácticas ilegales bajo distintas modalidades de corrupción, mientras que la sociedad espera que este pueblo indígena resista a toda costa.

HALLAZGOS PRINCIPALES Y ALGUNAS CONCLUSIONES: CUIDAR MÁS ALLÁ DEL FUEGO Y LA SEQUÍA

¿Cuáles son los hallazgos principales del estudio sobre el impacto de los incendios y la sequía en tres comunidades chiquitanas de Bolivia? ¿Qué nos dice este documento en torno a la relación entre crisis climática, sostenibilidad de la vida y trabajo de cuidados, en especial desde los saberes y prácticas de las mujeres? ¿Qué riesgos existen y cómo pueden enfrentarse? Preguntas, hallazgos, conclusiones.

La premisa, como evidencia, es que los incendios y las sequías ocurridos en los últimos años en la Chiquitanía no solo constituyen fenómenos ambientales extremos, sino que operan como factores que afectan drásticamente la vida cotidiana y las relaciones en la comunidad, afectando con mayor intensidad a las mujeres debido a la división sexual del trabajo y a la desigual organización social del cuidado. Estos eventos profundizan la precarización del cuidado, reconfiguran los medios de vida y refuerza desigualdades de género, al mismo tiempo que amenazan la continuidad de conocimientos y actividades generando una profunda crisis de sostenibilidad de la vida en los territorios.

En ese contexto, se pueden destacar siete hallazgos relevantes en el tema que nos ocupa:

1. LA CRISIS CLIMÁTICA PROFUNDIZA LA CRISIS DE LOS CUIDADOS

- El estudio evidencia que los incendios forestales y la sequía no son únicamente fenómenos ambientales, sino procesos que reconfiguran profundamente la sostenibilidad de la vida en las comunidades chiquitanas. La degradación del bosque, la pérdida de agua y el deterioro de los medios de vida incrementan de manera drástica las necesidades de cuidado y trasladan esos costos principalmente hacia las mujeres.
- En contextos de crisis ambiental, el trabajo de cuidados opera como un "mecanismo compensatorio invisible" que sostiene la vida cotidiana frente al colapso parcial de las condiciones materiales de existencia. El tiempo, el cuerpo y la energía de las mujeres se convierten en la principal infraestructura de resistencia comunitaria.

2. LOS IMPACTOS AMBIENTALES TRANSFORMAN RADICALMENTE LA VIDA COTIDIANA

- Los incendios y la sequía alteran simultáneamente las dinámicas familiares, comunitarias y productivas. Las tareas cotidianas -buscar agua, cocinar, cuidar enfermos, producir alimentos, sostener el hogar- demandan más tiempo, esfuerzo físico y desgaste emocional.
- La investigación muestra que las sequías generan una sobrecarga sostenida y permanente de trabajo, mientras que los incendios producen momentos críticos de emergencia y reorganización comunitaria. Ambas situaciones intensifican el agotamiento físico y emocional de las mujeres.

3. LA DESIGUAL ORGANIZACIÓN SOCIAL DEL CUIDADO SE MANTIENE E INCLUSO SE REFUERZA

- Aunque las crisis ambientales obligan a ciertos cambios en las prácticas cotidianas y en la participación comunitaria, no modifican estructuralmente la división sexual del trabajo. Las mujeres continúan siendo las principales responsables del cuidado directo e indirecto, mientras persisten imaginarios culturales que naturalizan e invisibiliza esa responsabilidad.
- Incluso cuando las mujeres participan activamente en tareas tradicionalmente masculinizadas -como apagar incendios, sostener ingresos o participar en acciones de defensa territorial- el cuidado sigue siendo considerado principalmente una obligación femenina.

4. LA CRISIS CLIMÁTICA AFECTA SIMULTÁNEAMENTE ECONOMÍA, ALIMENTACIÓN Y AUTONOMÍA DE LAS MUJERES

- La pérdida de cultivos, animales, bosque y fuentes de agua afecta directamente las actividades económicas desarrolladas por las mujeres: producción agrícola, venta de alimentos, artesanías, producción forestal no maderable y trabajo comunitario.
- La reducción de ingresos obliga a intensificar estrategias de supervivencia, ampliar jornadas laborales y asumir dobles y triples cargas de trabajo. El estudio identifica además una "doble invisibilidad": la invisibilización histórica del trabajo de cuidados y la invisibilización del trabajo remunerado femenino.

5. EXISTE UNA EROSIÓN PROGRESIVA DE SABERES ANCESTRALES Y DE LA MEMORIA CULTURAL

- Uno de los hallazgos más profundos del estudio es que la destrucción ambiental implica también una pérdida cultural. La desaparición del bosque seco chiquitano afecta prácticas, conocimientos y formas de relación con el territorio que dependen directamente del entorno natural.
- Se identifica el debilitamiento progresivo de aspectos como la lengua bésiro, conocimientos medicinales tradicionales, prácticas agrícolas, formas comunitarias de almacenamiento y experiencias colectivas como la minga.
- La crisis climática aparece, así, como una amenaza no solo ecológica, sino también civilizatoria y cultural.

6. LAS MUJERES SON ACTORAS CENTRALES DE SOSTENIBILIDAD Y ADAPTACIÓN COMUNITARIA

- A pesar de las desigualdades y sobrecargas, las mujeres chiquitanas aparecen como protagonistas fundamentales de las estrategias de resiliencia y adaptación comunitaria. Son guardianas de conocimientos, organizadoras de cuidados, sostenedoras de redes de solidaridad y defensoras del territorio.
- Las prácticas de colaboración entre mujeres, el intercambio comunitario y la persistencia de conocimientos ecológicos locales muestran capacidades importantes de adaptación social frente a escenarios de crisis.

7. LA VULNERABILIDAD SOCIOAMBIENTAL ES HISTÓRICA Y ESTRUCTURAL

- El estudio concluye que los impactos del fuego y la sequía no pueden entenderse aisladamente de los procesos históricos de exclusión, abandono institucional y presión sobre los territorios indígenas.
- Los incendios, los avasallamientos, la expansión extractiva y agroindustrial, la débil respuesta estatal y las prácticas ilegales toleradas generan un escenario de fragilidad acumulativa que incrementa la exposición de las comunidades al desastre climático.

CONCLUSIONES Y TEMAS DE AGENDA

Para finalizar, en clave de agenda de investigación, deliberativa y de trabajo en este tema, es posible identificar algunas conclusiones como las siguientes:

LA SOSTENIBILIDAD DE LA VIDA DEPENDE DEL CUIDADO Y DEL TERRITORIO

- La investigación demuestra que no es posible separar el cuidado de las personas del cuidado de la naturaleza. En las comunidades chiquitanas ambas dimensiones forman parte de un mismo entramado de interdependencia entre cuerpo, comunidad y territorio.
- La destrucción ambiental debilita simultáneamente las condiciones materiales, culturales y afectivas que hacen posible la vida comunitaria.

LA CRISIS CLIMÁTICA TIENE ROSTRO DE MUJER

- Los impactos de los incendios y la sequía recaen desproporcionadamente sobre las mujeres debido a la desigual organización social del cuidado. La crisis climática amplifica desigualdades preexistentes y profundiza la feminización de la precariedad y de las responsabilidades de sostenimiento de la vida.
- Por ello, cualquier política climática o estrategia de adaptación debe incorporar un enfoque de género y de cuidados.

EL CUIDADO DEBE SER RECONOCIDO COMO UN ASUNTO PÚBLICO Y POLÍTICO

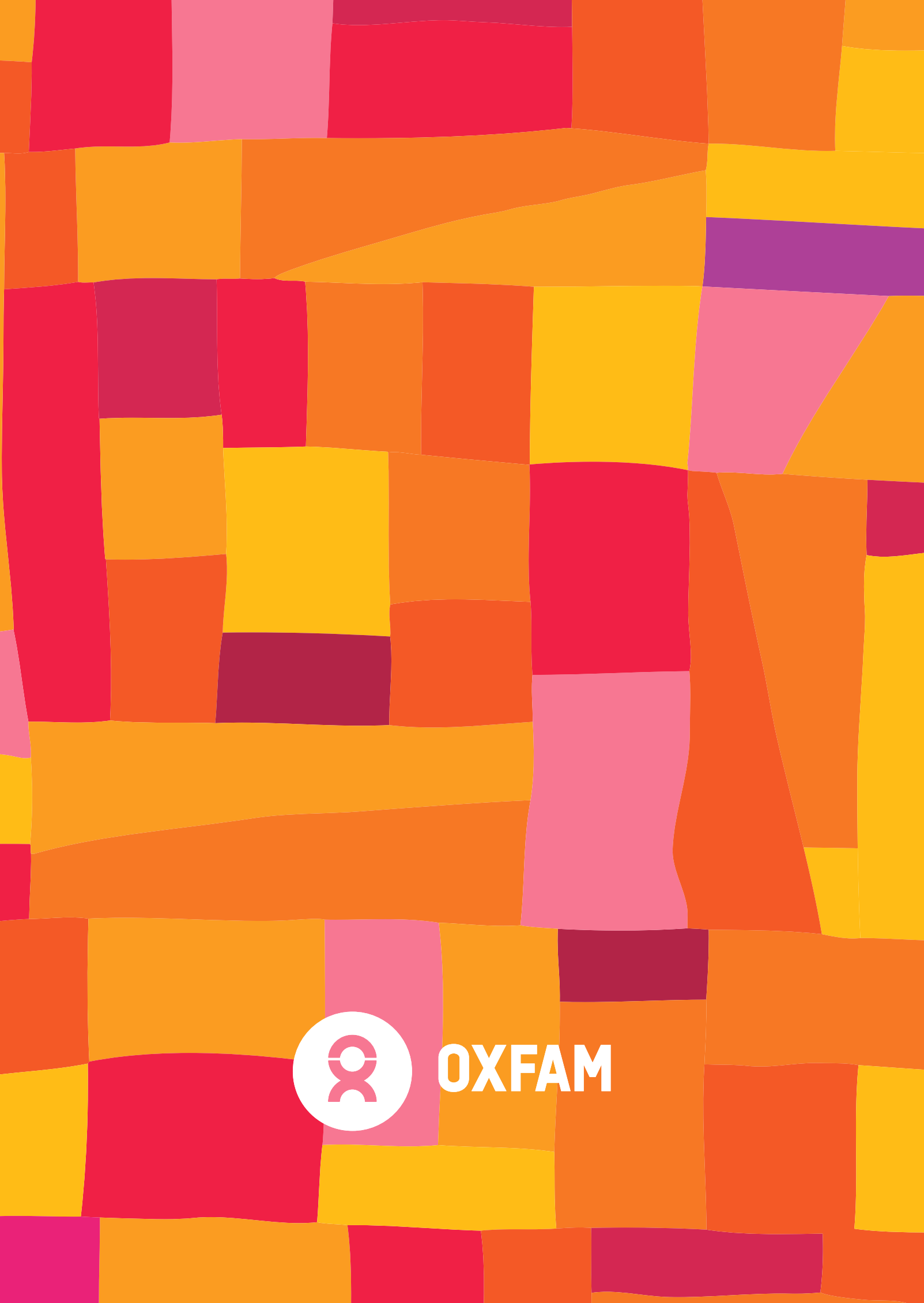
- El estudio revela que el cuidado no puede seguir siendo concebido únicamente como responsabilidad privada de las familias y, dentro de ellas, de las mujeres. El cuidado es un derecho, un trabajo y una condición esencial para la reproducción social.
- La ausencia de institucionalidad en territorios rurales e indígenas intensifica la sobrecarga comunitaria y reproduce desigualdades estructurales. Por ello es fundamental fortalecer la presencia del Estado en las comunidades.

LA DEFENSA DE LOS TERRITORIOS INDÍGENAS ES TAMBIÉN DEFENSA DE CONOCIMIENTOS Y MODOS DE VIDA

- La protección del bosque seco chiquitano no solo tiene relevancia ambiental. También implica la preservación de saberes, lenguas, memorias, prácticas de reciprocidad y formas comunitarias de relación con la naturaleza.
- La pérdida territorial implica también pérdida cultural y debilitamiento de la cohesión comunitaria.

LAS COMUNIDADES POSEEN CAPACIDADES DE RESILIENCIA QUE DEBEN FORTALECERSE

- El conocimiento ecológico local, las prácticas de solidaridad, los saberes ancestrales y las estrategias comunitarias de adaptación constituyen recursos fundamentales frente a la crisis climática.


OXFAM